Julián de Toledo

HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN Y VICTORIA DEL REY WAMBA

CLÁSICOS DE HISTORIA 583

JULIÁN DE TOLEDO

HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN Y VICTORIA DEL REY WAMBA

675

Monvmenta Germaniae Historica. Scriptorvm rervm merovingicarvm
Tomvs V: *Passiones vitaeque sanctorum aevi merovingici*
Ediderunt B. Krvsch et W. Levison
Hannoverae et Lipsiae MDCCCCX. Pp. 486-535
https://archive.org/details/passionesvitaequesanctorum3/mode/2up

Pedro Rafael Díaz y Díaz:
"Julián de Toledo: Historia del Rey Wamba (Traducción y Notas)"
Florentia Iliberritana. Revista de Estudios de Antigüedad Clásica, I (1990), pág. 89-114.
https://digibug.ugr.es/handle/10481/111754

Con una exposición de la misma por José Orlandis,
extraída de su obra *Época visigoda (409-711).*
Tomo 4 de la *Historia de España*
coordinada por Ángel Montenegro Duque.
Madrid 1987, pág. 235-243.

CLÁSICOS DE HISTORIA 583

ÍNDICE

HISTORIA DEL REY WAMBA
ESCRITA POR JULIÁN OBISPO DE TOLEDO

Carta del traidor Paulo, promotor de la revuelta de las Galias, contra el gran rey Wamba.....4

En el nombre de la Santa Trinidad comienza la “Historia del Excelentísimo rey Wamba” que trata de la expedición y victoria, con la que sojuzgó en memorable triunfo la insurrección de la Provincia de la Galia contra su persona.....4

Denuesto de un historiador contra la tiranía de la Galia.....17

Juicio promulgado contra la perfidia de los usurpadores.....19

HISTORIA WAMBAE REGIS
AUCTORE IULIANO EPISCOPO TOLETANO

Incipit epistola Pauli perfidi, qui tyrannice rebellionem in Gallias fecit Wambani principis magni.....23

In nomine Sanctae Trinitatis incipit historia excellentissime Wambae regis de expeditione et victoria, qua revellantem contra se provinciam Galliae celebri triumpho perdomuit.....23

Incipit insultatio vilis storici in tyradinnem Galliae.....34

Explicit insultatio vilis provinciae Galliae. Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum.....36

APÉNDICE
JOSÉ ORLANDIS: LA REBELIÓN DE PAULO Y LA EXPEDICIÓN DE WAMBA

La elección y la unción de Wamba.....39

La revuelta de la Galia Narbonense.....40

El duque Paulo, jefe de los rebeldes.....41

La campaña de la Galia.....42

Derrota y juicio de los rebeldes.....44

HISTORIA DEL REY WAMBA
ESCRITA POR JULIÁN
OBISPO DE TOLEDO

Carta del traidor Paulo, promotor de la revuelta de las Galias, contra el gran rey Wamba.

En el nombre del Señor, Flavio Paulo, ungido rey del Este, a Wamba rey del Austro. Si ya has acabado de rondar por las peladas e inhóspitas peñas de los montes; si, como el más fornido león, has tronchado ya con tu pecho los angostos pastizales de los bosques; si ya has cortado de raíz el correteo de cabras montesas y los brincos de ciervos y la voracidad de jabalíes y osos; si ya has vomitado venenos de serpientes y víboras, repara en nos, guerrero, repara en nos, señor, amigo de selvas y roquedales. Pues si todo eso yace abatido y tú en persona te aprestas a venir ante nos, para silenciar el poderoso canto del ruiseñor y, con ello, hombre arrogante, tu corazón asciende hasta su refortalecimiento, desciende hasta las "Clausuras"; ahí encontrarás un digno adversario, con el que puedas medirte en justa lid.

En el nombre del Señor comienza el libro "Historia de la Galia", que fue escrito en tiempos del rey Wamba, de divina memoria, por Julián, obispo de la Diócesis de Toledo.

En el nombre de la Santa Trinidad comienza la "Historia del Excelentísimo rey Wamba" que trata de la expedición y victoria, con la que sojuzgó en memorable triunfo la insurrección de la Provincia de la Galia contra su persona.

(1) El relato pormenorizado de los triunfos suele servir de soporte a la virtud y elevar el espíritu de los jóvenes al signo de la virtud todo lo que con anterioridad se ha referido sobre glorias pretéritas. Pues la propia esencia del carácter humano posee un muelle propensión a la virtud interior y de ahí que no se halle tan presta a las virtudes cuanto inclinada a los vicios. Y, si no se ha afianzado aleccionada por el constante acicate de ejemplos provechosos, se enfría y entumece. Así que, con el propósito de que la narración de un suceso pasado pueda servir de revulsivo a conciencias laxas, vamos a relatar un hecho acaecido en nuestra época, por medio del cual instemos a la virtud a los siglos venideros.

(2) Vivió en nuestro tiempo el ilustrísimo rey Wamba. Quiso el Señor que reinara dignamente, el Sínodo de obispos le proclamó, la comunión del Estado y la nación le eligió, en él recayó el favor popular, de él se pronostica por las manifestaciones de muchos que iba a ser rey antes incluso de su encumbramiento al trono. Este hombre ilustrísimo, mientras organizaba las pompas fúnebres y el luto por la muerte del rey Recesvindo, de repente inclinados todos a un parecer unánime, instigados de consuno no sólo por una reflexión calculada sino también por cariño hacia su persona, exclaman

que le aceptan de grado como rey; a coro gritan con voz atronadora que él y ningún otro godo era el rey y, para que no rechace sus instancias, se postran en grupos a sus pies. El hombre, tratando de rehuirles, sumido en lágrimas y sollozos, ni se deja vencer por petición alguna, ni se doblega a ruego alguno de la gente, ora clamando que no iba a estar a la altura de tantos desastres inminentes, ora asegurando públicamente que se encontraba cansado por la edad. En su tenaz resistencia, uno de los duques, como si actuara con la anuencia de todos, dirigiéndole una mirada audaz, le dijo en son de amenaza: “O nos prometes dar tu consentimiento, o sábete que te rebano a punta de espada. No tenemos intención de salir de aquí hasta tanto nuestro ejército te acepte como rey o te quite de en medio hoy aquí una muerte sangrienta por negarte”.

(3) Abrumado no sólo por las súplicas sino también por las amenazas, cedió al fin y, al aceptar el reino, les devolvió a todos la calma, pero a condición de postergar el momento de la unción hasta el día 19, con objeto de no consagrarse rey fuera del emplazamiento de la antigua sede. Tenían lugar; al efecto, estas ceremonias en un pueblecito, al que la tradición dio el nombre de Gérticos, situado en tierras de Salamanca, a una distancia aproximada de la ciudad regia de unas 120 millas. Allí, pues, en un solo y mismo día, el 1 de septiembre, acaeció el fin de los días del rey que agonizaba y se produjo, previa elección del mencionado sucesor, la aclamación popular a que nos hemos referido. Pues aunque a este hombre, que gozaba de la complacencia divina y a la par de las vivas instancias del pueblo y de sus altas jerarquías conformes en ello, ya le habían investido con la indumentaria regia, no consintió sin embargo ser ungido mediante la imposición de manos del obispo antes de llegar a la ciudad real y sentarse en el solio de la antigua patria, en la cual tendría a bien aceptar el signo de la sacra unción y, acatar humildemente la postura de los que se pronunciaron en favor de su elección, para que no se pensara que, cegado por una repentina ambición de poder, había usurpado o incluso robado, más bien que recibido del Señor, el signo de tan excelso honor. Así que, tras un prudente aplazamiento, el día 19 entra en la ciudad de Toledo, después de haber aceptado el reino.

(4) Pero cuando llegaron adonde recibiría el signo de la sacra unción, en la Iglesia del Pretorio, la de los Santos Pedro y Pablo, resplandeciente con su indumentaria regia, de pie ante el divino altar, prestó juramento de fidelidad al pueblo según el ritual. A continuación, hincado de rodillas, las manos del sacro pontífice Quirico le esparcen por la cabeza el óleo de la bendición y el poder de la bendición se le muestra tan pronto se le derrama este signo de salvación. En efecto, de seguida desde lo alto de la cabeza, donde el óleo había sido vertido, alzóse en forma de columna un vapor semejante al humo y del mismo sitio de la cabeza viose revolotear una abeja, señal que constituía un presagio de la felicidad que se aventuraba. Y tal vez no haya resultado ocioso referir estos pormenores, para dar a conocer a la posteridad cuán atinadamente rigió su reino aquél que, no sólo en contra de su voluntad, sino pasando incluso por todos los trámites reglamentarios y hasta conminado por el apremio de toda la gente, mereció acceder a la dignidad real.

(5) Así, pues, en los gloriosos tiempos de éste la tierra de las Galias, nodriza de la traición, se señala por la infamante nota de engullir los miembros perjuros por ella engendrados, corrompida por una inconmensurable fiebre de perjurio. Pues ¿qué no era en ella inhumano y canallesco, allí donde tenía su sede un conciliábulo de conjurados, el signo de la traición, la obscenidad, la usura, la venalidad en los juicios y, lo que es peor que todo esto, un prostíbulo de judíos blasfemos contra nuestro mismísimo Señor y Salvador? Esta tierra, por así decirlo, con el alumbramiento de su perdición se labró su propia ruina y del engendro viperino de su vientre dio pábulo a trenzarse el lazo de su autodestrucción. Y, andando ya por mucho tiempo en esta variedad de accesos febriles, de repente en el mal paso de un execrablee cabecilla se desencadena el torbellino de la deslealtad y de uno se contagia a la mayoría el asentimiento en la traición.

(6) Como cabeza de la usurpación el rumor acusa a Ilderico, que, teniendo, en su calidad de conde, la responsabilidad del gobierno de Nîmes, no sólo se irrogó el nombre, sino también el anuncio y la puesta en marcha de la traición, sumándosele como compinches de su iniquidad el detestable prelado de la diócesis de Maguelonne Gumildo y el abad Ramiro. Así que, el artífice del delito, a la par que trataba de atizar en otros el fuego de su sedición, esforzábase en arrastrar a la inculpación de deslealtad a Aregio, obispo de la bienaventurada ciudad de Nîmes. En vista de que repudiaba sus proposiciones con palabra honesta y corazón inquebrantable, resolvió entregarle vejatoriamente a manos de los francos en los confines de Francia, desposeído de la dignidad de su cargo y sede, y cargado con el peso de las cadenas. Luego, en puesto del pontífice destituido, designó como obispo al abad Ramiro, un cómplice de su traición. En su nombramiento no se observa ninguna disposición reglamentaria, ni se aguarda al visto bueno del rey o el metropolitano; sino que, llegando hasta el colmo de la soberbia, contra las prescripciones de los antepasados, se hace ordenar únicamente por dos obispos de una nación extranjera. Finalizada una ceremonia de tan singular descaro, los infecciosos gérmenes de traición de estos tres sujetos, Ilderico Gumildo y Ramiro, conciertan los límites de su conjuMontcamel hasta Nîmes dividen el territorio de la Galia y se lo adjudican para enclave de su conjura, con lo que la deslealtad queda claramente seccionada de la lealtad. Después, una vez reunido un grupo armado, se dedican a saquear a sus conciudadanos y a devastar las tierras de labor, convirtiéndose toda la provincia de la Galia en su presa.

(7) El rumor corrió hasta el rey y, para erradicar de inmediato el nombre de los sediciosos, destina un ejército a las Galias al mando del duque Paulo. El tal Paulo, por marchar con el ejército a paso lento, hizo flaquear al ejército por las interrupciones y retrasos. Tampoco participó personalmente en la lucha ni dirigió las primeras acometidas contra el enemigo y con semejante dilación enfrió el ánimo de los jóvenes del ardor por la lucha en el que se consumían. Entonces Paulo, transfigurado mentalmente en Saulo, con su negativa a actuar en pro de la lealtad, comenzó a obrar contra la lealtad. Tentado por la ambición de poder, se despoja de repente de su fidelidad, mancilla la promesa de respeto hecha al poderoso soberano, se olvida de su deber para con la patria y, como alguien dijo: *ingresa en secreto en una tiranía que se había propagado vertiginosamente y la atiza en nombre del Estado.* Emprende todo ello con la oculta intención de que *parezca antes que se sepa de cierto* que ha alcanzado la cima del poder, tras haberse agenciado como compinches de su sedición de Ranosindo, duque de la provincia Tarraconense, y de Hildigiso, que aún desempeñaba la función de gardingo. A fin de hacer efectivo este anhelo con la increíble presteza de un deseo perverso, por así decir, después de haber reunido contingentes de todas partes, anuncia arteramente que se dispone a luchar contra los sediciosos. Fijó el día y decidió el lugar, al que se dirigirían para combatir a los galos. Comprendiendo el plan, gracias al escueto informe de unos cuantos, Argebado, prelado de la cátedra de Narbona, un hombre venerable por su conducta y la persona indicada para salvar al pueblo por su permanente estado de alerta, intentó impedir por todos los medios a su alcance la entrada en la ciudad de aquel usurpador. Pero tampoco su honorable reputación arredró a Paulo. Antes de que el prelado dejara sin efecto sus propósitos, entrando por sorpresa Paulo con el ejército a toda marcha en la ciudad de Narbona, previno astutamente la celada que se le tendía y mandó atrancar las puertas de la ciudad bajo la atenta vigilancia de hombres armados. Cuando se congregó el grueso de todo el ejército, el propio Paulo asomó en medio su cabeza de reptil acompañado por algunos secuaces de su traición, hostigando primeramente al obispo por empecinarse en obstaculizar su entrada en la ciudad.

(8) Tras esto, decidido a propalar su traidor designio, mientras trata de quebrantar la fidelidad de la gente con acopio de argumentos especiosos y de inflamar los ánimos de cada cual, atribuyendo al rey Wamba el injurioso calificativo de funesto, el propio Paulo jura primero que todos que no puede considerarle como su rey ni proseguir por más tiempo a su servicio. Es más, dijo: “Elegid de entre vosotros mismos la cabeza visible, ante la cual se postre toda la comunidad en bloque y se perciba con claridad que es nuestro rey.” Uno de los conjurados, secuaz de su inicuo

proyecto, Ranosindo, se dirige a Paulo como su rey y exterioriza su anhelo de que en lo sucesivo sea Paulo y no otro su rey y el de su pueblo. Así que Paulo se percató de la celeridad de su empresa, de seguida añadió el asentimiento de su voluntad, forzando incluso a todos a prestarle juramento. Después de ello, se apropió del reino y a aquella caterva de conjurados de indecible osadía que no conquistó por la fuerza de las armas se la atrajo con su taimada acción. A Ilderico, Gumildo y Ramiro se los asoció a su traidora empresa sin especial esfuerzo. Más aún, todo el territorio de las Galias de repente se conjura en pro de la sedición y no sólo las Galias, sino también alguna parte de la provincia Tarraconense se calza el coturno de la rebelión. De pronto toda la Galia se convierte en hervidero de traidores, cubil se sedición, conciliábulo de perdidos. Paulo, en su propósito de aumentar el número de secuaces de su traición mediante ofrecimientos y promesas de favores, recluta hordas de francos y de vascones como tropas de apoyo y se entretiene en el interior de las Galias con la turbamulta de enemigos, presentándoles la venida de un tiempo mejor, en el que podría marchar contra Hispania y vengar la usurpación de la dignidad regia.

(9) Por aquel entonces, mientras sucedían estos hechos en el interior de las Galias, el piadoso rey Wamba, que venía a plantar batalla al montaraz pueblo de los vascones, deteníase en territorio de Cantabria. Tan pronto llegó a oídos del rey noticia de lo que se estaba gestando en las Galias, inmediatamente puso en conocimiento de la aristocracia palatina el asunto, para que decidieran entre si podrían dirigirse en son de guerra desde allí hasta las Galias, o si, volviendo a terreno propio, cuando hubieran reunido efectivos humanos suficientes, estarían en condiciones de emprender una expedición de tan largo trayecto con un nutrido ejército. Al ver el soberano que muchos titubeaban ante la doble alternativa, toma él la palabra, dirigiéndoles esta común arenga:

“Jóvenes, habéis oído que se ha producido una calamidad y estáis al cabo de con qué valedores se ha armado el promotor de esta conspiración. Necesario es ir al encuentro del enemigo para soprenderlo en combate, antes de que se propague con su propio incendio. Deshonroso nos fuera o no acudir al encuentro de esa canalla hasta extirparla, o regresar a casa antes de que fenezcan. Ignominioso nos debe parecer que, quien no pudo contener con sus propias armas a los rebeldes se atreva a menospreciar a hombres de tan reconocido valor y que, quien no fue capaz por la estabilidad de la patria de someter ni tan siquiera la piel más abyecta de un solo hombre ose mostrarse como enemigo de su gente, tratándonos hasta de afeminados y poco hombres, por no enfrentarnos a su tiranía ni con armas, ni con hombres, ni con plan alguno. ¿Qué mérito tendría, aunque muriera, por pasarse a las huestes de los francos en su lucha contra nosotros? Muy conocida nos es y no resulta un secreto la forma de luchar de ellos. Por tanto, vergüenza debiera daros de que a nuestras formaciones las haga temblar de miedo la táctica de la tortuga empleada por ellos cuyo valor sabéis que siempre es más endeble. Pero si se apoya en la conjura de los galos para justificar su usurpación, como baldón hay que considerar el que este pueblo ceda ante el último rincón de la tierra y el que éstos, sobre quienes se extiende un vasto reino, se inquieten por los alzamientos de aquellos a quienes defienden en calidad de súbditos. Tanto si son los galos como si son los francos, tengan presente que pagarán por el crimen de conspiración; debemos reivindicar nuestro título de gloria con armas justicieras. No vamos a enfrentarnos con mujeres, sino con hombres, aun cuando sea del todo sabido que nunca pueden los francos resistir a los godos ni los galos hacer algo egregio sin nosotros. Y si alegáis las dificultades en el abastecimiento y el transporte, más glorioso nos será, habiéndolo pospuesto todo, el haber obtenido el triunfo en situación apurada que el emprender guerras planteadas con ventaja. Siempre es más merecedor de admiración quien se hace célebre por su espíritu de sacrificio que por la abundancia de recursos. ¡Alzaos al signo de la victoria, aniquilad el nombre de los traidores! Mientras dura la fogosidad del ánimo, no debe haber ninguna demora en la marcha; mientras la ira enardece los ánimos contra el enemigo, ninguna tardanza debe detenernos. Con que, si se puede continuar el camino emprendido, sin frenar el paso, con mayor facilidad podrán ser abatidos los emplazamientos de nuestros enemigos. Pues, como dijo un sabio, la ira en el instante es poderosa; si se la deja enfriar, se apaga. Así, pues, no debe volver sobre sus

pasos el soldado al que el brioso impulso de luchar le erige en vencedor. No hemos de apartarnos del camino más directo. Vayamos, pues, a infligir una derrota a los vascones; luego apresurémonos a extinguir de cuajo el nombre, de los sediciosos.”

(10) Con estas palabras se caldean los ánimos de todos y exteriorizan su anhelo de que se lleve a efecto lo que se les pide. Acto seguido, se interna en el territorio de Vasconia, donde la devastación sistemática prolongada durante siete días a campo abierto, el hostigamiento de los reductos militares y el incendio de casas particulares se produjo con tal virulencia que los propios vascones, tras deponer la rudeza de su corazón y previa entrega de rehenes, solicitaron no sólo con súplicas sino con ofrecimientos que se les perdonara la vida y se restableciera la paz. Así que fueron aceptados los rehenes y fijados los tributos, después de negociar la paz, se dirige en línea recta contra las Galias, atravesando las ciudades de Calahorra y Huesca. Luego, tras elegir los generales, divide el ejército en tres compañías, de manera que una de ellas avanzara hasta Llivia, capital de la Cerdaña; la segunda se dirigiría por Vich hasta los Pirineos centrales; la tercera marcharía por la carretera hasta la costa. El piadoso rey seguía a los anteriores con un nutrido grupo de expedicionarios. Pero, en vista de que una indecorosa ansia de rapiña no sólo embotaba a los nuestros, sino que incluso con el incendio de las casas perpetraba el pecado del adulterio, el mencionado príncipe castigaba con tal rigor disciplinario el pecado cometido por ellos, que pensarías que les imponía sanciones más severas que si contra su persona hubieran procedido hostilmente. Prueba de ello son los prepucios cortados de algunos violadores, a los que impuso esta pena en castigo por su fornicación. Decía en efecto:

“Con que el resultado de la guerra está próximo y vosotros os divertís mancillando vuestra alma. Estoy seguro, ya estáis cerca de la prueba decisiva del combate; mirad que no perezcáis víctimas de vuestras sordideces. Si yo no castigo esta depravación, me voy de aquí atado. Llegaré hasta ser acogido en el justo juicio de Dios, si, viendo la perversidad del pueblo, no la reprimo. De ejemplo debe servirme aquel sacerdote Elí, mencionado en las Sagradas Escrituras, quien, por no querer increpar a sus hijos por la monstruosidad de sus fechorías, oyó que murieron en combate y él mismo expiró en pos de sus hijos con el cuello quebrado. Así, pues, estas cosas debemos tomarlas en serio y, por tanto, si seguimos limpios de pecado, no habrá duda de que obtendremos el triunfo sobre el enemigo.”

Bajo esta disciplina que hemos descrito, el mencionado rey, que guiaba gloriosamente al ejército y contenía la moral de cada uno al amparo de las normas divinas, veía con el correr del tiempo que prosperaba su propuesta de lucha y la victoria en el combate.

(11) La primera de todas las ciudades sublevadas en someterse al dominio del piadoso soberano fue Barcelona; a continuación, se entrega Gerona. A Amador, venerable obispo de la referida ciudad, ese apestado de Paulo le había enviado una carta del siguiente tenor: “He oído que el rey Wamba se dispone a presentarse ante nos con su ejército, pero tu corazón no debe turbarse por ello, porque no creo que eso suceda. Con todo, al que primero de nosotros dos tu santidad vea acercarse con el ejército, a este considérele como señor y en su lealtad persista.” Eso le escribió ese miserable y sin saberlo adelantó una atinada propuesta en su propia contra. Cuéntase que el piadoso soberano, interpretando sabiamente las palabras de este escrito, dijo: “¿No ha hablado Paulo en esta misiva de sí mismo? Aunque a ciegas, creo que en él ha pronunciado una profecía”. Seguidamente, tras haber salido el soberano de la ciudad de Gerona, librando algunas escaramuzas, llegó a los altos de los montes Pirineos. Luego de haber concedido al ejército un respiro de dos días, acordonó las cimas de los montes Pirineos con tres compañías, como se ha dicho, y los fuertes pirenaicos llamados Collioure, Oltrera y Llivia los conquistó y sometió en memorable triunfo, encontrando en estas fortificaciones mucho oro y plata, que cedió como botín al copioso ejército. En el reducto denominado “Clausuras” se produjo la irrupción con dos ejércitos destacados delante de él al mando de dos generales. Aquí son apresados también Ranosindo e Hildigiso con el resto de la banda de

traidores que habían acudido a defender el reducto y, con las manos atadas a la espalda, son llevados a presencia del soberano. Pero Witimiro, uno de los conjurados, que se había recluido en Cerdane, presintiendo que los nuestros se habían abierto paso por la fuerza, al punto diose a la huida y se dirigió a Narbona para transmitir puntualmente a Paulo noticia de semejante descalabro. El relato dejó al tirano vivamente impresionado de terror. Por su parte, el piadoso soberano, después de sojuzgar al ejército de los susodichos reductos, bajando al llano detrás de los montes Pirineos, aguarda tan solo un par de días para reagrupar al ejército en un solo bloque compacto.

(12) Pero cuando el grueso del ejército, reagrupado desde sus diferentes procedencias en un núcleo sólido, se incrementó considerablemente, ya no hubo ninguna demora; antes al contrario, envía inmediatamente un contingente escogido de soldados al mando de cuatro generales para doblegar Narbona ante su propia vista, destinando otro ejército para luchar en combate naval. Hacía ya pocos días que el rebelde Paulo se había esfumado de Narbona huyendo cobardemente, al haber caído en la cuenta de que los partidarios del piadoso soberano avanzaban a toda prisa con un contingente de tropas bastante más nutrido. Paulo, que se había reservado esta ciudad como dominio de su exclusiva competencia, la rodeó de un numeroso destacamento defensivo de traidores y encomendó a su general Witimiro la dirección de las operaciones militares. Al exhortarle nuestro ejército con blandas palabras a entregar la ciudad sin derramamiento de sangre, se negó en redondo y, atrancadas las puertas de la ciudad, desde la muralla llena de dicterios al ejército del piadoso soberano. Contra el propio rey dobla sus improperios y con amenazas trata de amedrentar a la tropa. Pero el grueso de nuestros partidarios, que no estaba dispuesto a consentir esto, se inflamó con el repentino ardor del coraje y en su lanzamiento de dardos apuntó a la boca de los traidores. ¿Qué más? Por ambos bandos se traba combate formidable y en lugar de flechas ambos contendientes se arrojan unos contra otros. Pero cuando los nuestros empezaron a perder la esperanza, no sólo ensartan con venablos a los sediciosos que se debatían en la muralla, sino que al interior de la ciudad lanzan tal lluvia de piedras, que se diría que la ciudad se anegaba en el clamor de las voces y el estrépito de los guijarros. Prácticamente se luchó con denuedo por ambas partes desde la hora quinta hasta la hora octava del mismo día. Pero en cuanto se caldean los ánimos de los nuestros, no pudieron diferir por más tiempo la victoria, sino que se apegan a las puertas para luchar más de cerca. Entonces, en arremetida victoriosa, por obra de Dios, incendian las puertas, se encaraman a los muros y entran victoriosos en la ciudad, reduciendo a los sediciosos. Cuando Witimiro con un grupo de gente armada trataba de alcanzar la iglesia, desconcertado por la irrupción de los nuestros, juraba el infeliz que él se defendería tras el altar de la Santa Virgen María, no en razón de la consideración debida al lugar, sino con su espada, sosteniendo en la diestra una espada y amenazando de muerte a cada uno. Para cortar sin contemplaciones su acceso de locura, uno de los nuestros, despojándose de sus armas, agarró un tablón con la mano y, poseído de fiero impulso, enfiló contra él. Pero cuando con todas sus fuerzas iba a descargar la tabla sobre su cabeza, se prosterna tembloroso en tierra, es hecho prisionero y se le quita el hierro de la mano. Arrastrado después de mala manera, se ve constreñido por el peso de los grilletes y es azotado junto con sus compinches, con cuyo concurso trataba de sostener la ciudad.

(13) Después de esto, vencida y sojuzgada la ciudad de Narbona, encamina el paso para perseguir a Paulo, que se había refugiado en Nimes. Luego, son sometidas las ciudades de Béziers y Agde. En la ciudad de Maguelonne, Gumildo, titular de la sede, viendo que el ejército se había desplegado en derredor para sitiarle y que la propia ciudad estaba copada no sólo por los que habían llegado a luchar por tierra, sino también por los que habían acudido por mar prestos a emprender un combate naval, asustado por esta contingencia, optó por el camino más corto y se refugió en Nîmes junto con su compinche Paulo. Pero cuando el ejército de Hispania se percató de que Gumildo había salido huyendo, acto seguido conquistó la ciudad de Maguelonne en un victoria similar. Así que los nuestros insisten en reducir la ciudad de Nîmes con la tropa dispuesta en orden de combate, es escogida una primera línea de choque compuesta por un selecto pelotón de combatientes al mando

de cuatro generales, de entre los cuales unos jóvenes seleccionados precederían al soberano aproximadamente en unas treinta millas. Habiendo cumplido aprisa el trayecto del camino para prevenir las asechanzas de los sediciosos, de repente, tan pronto despuntó la luz del naciente día, aparecieron nuestras formaciones, aprestadas con parejo armamento y moral de combate, en rápida incursión en Nîmes, donde Paulo se había unido al ejército de las Galias y a las hordas francas para plantar batalla. Cuando ellos nos ven desde la ciudad, en la idea de que iban a luchar contra unos pocos, se inclinan por dejarnos fuera de combate a campo abierto. Pero, sospechando la astucia de alguna añagaza, prefieren emprender la lucha en el interior de la ciudad desde sus propias murallas, mejor que hacer frente fuera de la ciudad a los imprevisibles azares de un peligro inminente, al obstaculizar la entrada de otra gente que pudiera venir en su ayuda. Pero cuando el sol brilló sobre las tierras, trabaron combate los nuestros. La primera línea de choque, al son retumbante de las trompas, es desmantelada entre una nube de piedras. Luego tronó el clamor de las trompas y, acudiendo los nuestros desde todas partes, entre el fragor del griterío, alcanzan los muros de la ciudad con sus tiros de piedras y consiguen abatir con dardos y flechas a los que se habían apostado por el muro armados de toda clase de proyectiles, si bien también ellos en su afán por resistir lanzaban contra los nuestros dardos de varios tipos. ¿Qué os voy a contar? Se traba combate con más denuedo por ambos bandos, con iguales posibilidades contienden los dos y con parejas oportunidades. Ni por los nuestros ni por ellos se cede en el lance emprendido. En una palabra, durante todo el día se luchó a punta de espada por una victoria que no terminaba de decantarse.

(14) Uno de los instigadores de la insurrección, viendo que se venía encima una dura lucha, con idea de picar desde la muralla a los nuestros, formula verbalmente el siguiente comentario: “¿Por qué os empecináis en luchar bravamente, si vais a morir? ¿Por qué no volvéis a vuestros hogares? ¿Queréis acaso anticipar la caída en la muerte antes del ocaso de vuestra vida? ¿Por qué no buscáis, más bien, quebradas donde podáis esconderos, cuando hagan acto de presencia nuestras tropas de apoyo? Creed que he sentido pena de vosotros, sabiendo de antemano en lo que quedará la cosa y la llegada de una satisfacción inminente. Para mí es cosa bien sabida la enorme cantidad de refuerzos que va a acudir. Ya es el tercer día y eso que vengo de allí a toda prisa. Con que, sabiéndolo de cierto, aguardo compungido el final de vuestra fúnebre pompa. A ese soberano vuestro, por el que habéis venido a luchar, os lo mostraré atado, le colmaré de injurias y me burlaré de él con toda suerte de denuestos. No vale la pena pelear tan aguerridamente por quien es casi seguro que ya ha caído en nuestra trampa. Y, lo que es más grave, cuando la victoria sea nuestra, no habrá perdón para ninguno de vosotros”. Mientras decía esto, no sólo no se encogió el coraje de los nuestros, sino que se les atizó con más brío el ardor por la lucha. Se aproximan a la muralla y, con más arrestos aún que cuando habían empezado, se aferran al combate y renuevan con vigor el combate emprendido.

(15) Esto es lo que aconteció durante todo el día, hasta que la noche puso fin al combate. Con el mismo entusiasmo del primer día, en el que los nuestros persistían en la lucha con indesmayable tesón, someten el asunto a la consideración del soberano y le solicitan el envío de refuerzos, a fin de velar con las máximas precauciones por su propia seguridad, de modo que pudieran prevenir una trampa tendida por gente foránea o caer exhaustos por flaqueza de fuerzas a manos de aquellos contra quienes luchaban. Y la petición fue atendida. En efecto, cuando el soberano supo que Paulo, el paladín de la tiranía, pugnaba contra los nuestros, no hubo ninguna demora más. Con admirable resolución en cursar órdenes, puso aproximadamente 10.000 hombres escogidos de entre la tropa al mando del general Wandemiro para apoyar a los combatientes. Caminaron alerta durante toda la noche y a paso ligero. A la llegada no sólo se aprestaron a neutralizar al enemigo, sino también a llevar rápido alivio al ánimo de los nuestros. Pero cuando las prolongadas vigilias de los centinelas desesperaban ya en cierto modo de mantener por más tiempo al enemigo cercado, de pronto ven que se les envían los refuerzos; entonces el sueño se disipa de sus ojos y, gozosos en su corazón, tras recuperar fuerzas, se fija el momento de la lucha.

(16) Ya la Aurora había dejado su azafranado remanso al Sol, y el tropel enemigo, apiñado por la muralla, observa que en el sereno despuntar del día habíanse multiplicado las columnas de combatientes en número mayor al de la víspera. Ya entonces el cabecilla de la tiranía, Paulo, corre a subir hasta una destacada atalaya para contemplar tan singular espectáculo. Cuando vio las líneas de los nuestros en orden, entonces, según se dice, vaciló su ánimo y pronunció estas palabras: "Reconozco que todo este dispositivo bélico procede de mi rival; él es, no estoy pensando en otro, pues le reconozco en su personal apresto". Diciendo estas y otras cosas semejantes, por tal de enderezar el ánimo hacia el valor, trata de enardecer a los suyos para el combate. Les dice:

"No os dejéis dominar por el miedo. Sólo aquí radica aquella acreditada virtud de los godos, que se jactaba con su acostumbrada osadía de venir hasta nosotros para vencernos. Aquí, aquí, creedme, está el soberano; aquí, todo su ejército; no hay nada más que temer. Cierto que fue famoso en otro tiempo su valor tanto para defender a los suyos como para sembrar el pánico en otros pueblos; pero ahora todo aquel brío suyo en la lucha se marchitó, toda su experiencia en el combate se acabó. No les queda ninguna costumbre de luchar, ninguna práctica en el combate. Con sólo que se vean urgidos a entrar en batalla, se esfumarán de seguida a escondrijos seguros, porque sus degenerados ánimos son incapaces de sostener el peso de la lucha. Es más, lo que estoy diciendo, cuando empecéis a luchar, vosotros mismos lo comprobaréis en mis palabras. No hay nada más que debáis temer, cuando veis que el rey y su ejército están aquí."

Muchos de los suyos añadían a esto que un rey no podía aparecer sin estandartes. A lo que él replicaba que había venido con las insignias ocultas, para dar a entender a sus enemigos, que aún había otro ejército más, con el que después se presentaría, acompañado de una tropa más numerosa de lo que hasta entonces había venido. Pero mientras dice esto, organiza el fraude y monta el engaño, para que, a los que no puede doblegar valerosamente, mediante tretas los intimide con el miedo.

(17) Y no había terminado todavía de hablar, cuando de repente retumban las trompas de guerra de los nuestros y, reanudando el combate, renuevan el aspecto de lucha del día anterior. Pero, poniendo ellos su confianza en la victoria más en la resistencia de los muros que en sus propias fuerzas, apostados en el interior de la ciudad, lanzan dardos por la muralla y reavivan por segunda vez la refriega con los nuestros. Por ambos se encendió el ansia de lucha, pero el valor de los nuestros se hizo más patente en el combate. Como campeaban con todos sus bríos y ensartaban al enemigo dentro de la ciudad con toda suerte de armas, la mayoría de efectivos procedentes de país extranjero, heridos mortalmente y sorprendidos a la vez del valor y tesón de los nuestros, motejaban a Paulo de este modo: "No vemos esa cobardía en el combate de los godos de la que hablabas; lo que vemos en ellos es inusitada audacia y empeño por la victoria. Las heridas que hemos recibido lo prueban entre otras cosas". Tan enconadas arremetidas lanzan contra el enemigo, que el propio estrépito lo paraliza de terror, antes de que el asestamiento del golpe acabe con su vida. Abrumado Paulo por estas palabras, resquebrajábase cada vez más por la punzada intensa de la desesperación.

(18) Pero, lamentándose los nuestros de que su victoria se les aplazara para el día siguiente, aunque luchaban con sin par tenacidad, resurgen con mayor ímpetu, dándose por totalmente derrotados, si no vencían enseguida. Así que, espoleados con mayor rabia de lo que habían estado, hasta aproximadamente la hora quinta del día socavan la fortificación de la ciudad en continuas acometidas, lanzan lluvias de piedras entre un pavoroso estrépito, incendian las puertas aplicándoles fuego abajo e irrumpen por los minúsculos entrantes del muro. Luego, entrando ufanos de gloria en la ciudad, se abren paso a punta de espada. Pero; al no poder contener los ánimos fieros de los nuestros, se recluyen para guarnecerse en las Arènes, que está vallado por un muro en extremo resistente y por construcciones antiguas. Y cuando les dio la impresión de que les seguían algunos de los nuestros, que se habían entregado a la rapiña, tan pronto se adelantaron hasta allí, mueren degollados, antes de que lograran introducirse en la fortaleza de las Arènes. Pero muchos de nuestra

tropa, que se habían quedado fuera ávidos de botín, cayeron abatidos a tajos de espada, no por hacer gala ante los demás de un valor extraordinario, sino (según el proceder característico de los salteadores, pues sabían que se habían acercado hasta la fortaleza de las Arènes con las miras puestas en el botín) como si con ello doblegaran con más facilidad a quienes habían encontrado divididos y no dos a la vez contra uno.

(19) Entre los propios sediciosos se desencadena también una nueva sedición y, tan pronto ciudadanos y vecinos de la localidad hicieron recaer sospechas de traición en alguno de los suyos, sobre quienes caía la sospecha los ejecutan pasándolos por las armas, de forma tal que el propio Paulo, al contemplar cómo uno de sus deudos era degollado en presencia de los suyos y por manos de los suyos, clamaba con quejumbrosa voz que aquel era su servidor y que no intercedería en favor de ningún otro que así muriera. Pero también él, por mostrarse sin coraje y asustadizo, es menospreciado por sus propios partidarios, de manera que pensarías que más bien suplicaba que mandaba a los demás. Pues también era considerado sospechoso por los naturales de la localidad además de por los que con él habían venido de Hispania, como para que no pensara en su propia salvación traicionándoles a ellos, y los hispanos, como para no pasarse al soberano, si era condenado a muerte por los habitantes de la región. ¿Qué más? Dentro de la ciudad se origina un lamentable espectáculo de lucha. Por una parte cae un caterva de apestados, por otra se doblega, por otra es degollada, pues que quienes escapaban a nuestras espadas sucumbían a espada de los suyos. La ciudad se llena de cadáveres humanos, además del luto por las muertes. Doquiera se dirigiese la mirada, extendíanse hacinamientos humanos o rebaños de animales degollados; las encrucijadas de los caminos, llenas de cadáveres; el testo del terreno, cuajado en sangre. Escenas de muerte horribles en las casas y, de haber examinado atentamente los rincones de las casas, encontrarías muertos tirados por el suelo. Por los caminos de la ciudad verías arrojar cadáveres humanos con semblante amenazador y brutal fiereza, como si aún formaran en la misma línea de combate; el aspecto demacrado, macilenta la color, horror indescriptible, hedor inaguantable. También algunos, entre los montones de cadáveres tirados, que habían recibido heridas mortíferas, simulaban la apariencia de la muerte, para escapar a la muerte, aun cuando sin embargo, exhaustos por la consunción de la herida .y la inclemencia del hambre, no podían librarse de la muerte, excepto uno, de quien es sabido que simular la muerte le deparó la vida.

(20) Pero Paulo, depuesta ya la locura de la tiranía, deploraba con grandes sollozos de su corazón que se produjeran estas y otras escenas semejantes, viéndose inerme para hacer frente al enemigo y para socorrer en alguna forma a los suyos. Acercóse a él con intención de zaherirle un hombre de su servicio y le dijo: “¿Por qué estás ahí parado? ¿Dónde están esos consejeros tuyos que te indujeron a este calamitoso escarnio? ¿De qué te sirvió alzarte contra los tuyos, cuando no eres capaz ahora de ayudarte ni a ti ni a los tuyos en tan desatinada empresa de destrucción?” Con estas palabras le picaba, incitado no sólo por afán de insultarle sino también por la comezón de la amargura. Pero como él le propusiera con amables palabras respetar su dolor y no añadir confusión a la confusión, finalmente bajó aprisa los escalones de mármol, enhiesto sobre los cuales se había acercado para motejarle así y ante los ojos de Paulo sucumbió degollado por los suyos. A los tales Paulo les apostrofaba: “¿Por qué le buscáis? Es mío, que no muera”. Y con intenso lamento les suplicaba que se lo dejaran; pero, tenido en menosprecio, como quien iba a morir a continuación, no fue atendido. Entonces, en el colmo de la desesperación, se despojó de los atavíos regios deshecho en lágrimas. De ellos se había apropiado más por su ambición de usurparlos que por legítima prescripción, obrando el admirable y oculto designio divino que el tirano depusiera la dignidad real en el mismo día en que el piadoso soberano había recibido del Señor el cetro real. El día, en fin, en que, tras girar la órbita del año en curso, se produjo la entrada en la ciudad. En él es depuesta la vestimenta regia robada por el usurpador; en él tiene lugar la sangrienta venganza sobre los enemigos.

(21) A todo esto, ya había llegado el tercer día, en el que Paulo, después de los profundos suspiros de la pasada noche, aguarda su funeral definitivo. En efecto, por la mañana se puso a departir con los que había tenido como secuaces de su traición, para que le dijeran el último adiós o, si les era posible, cuidaran aún por su seguridad en algo. Entonces Argebado, prelado de la diócesis de Narbona, es enviado al soberano con la común resolución de rogar por su vida y pedir perdón por sus ofensas. Tras la ofrenda de la Hostia a Dios, algunos recibieron la gracia de la Santa Comunión (el cuerpo y la sangre del Señor), con lo cual no sólo se librarían de los rigores extremos de la muerte, sino que también prevendrían el ser enterrados sin sepultura, porque con razón se les niega la sepultura a quienes perpetran la destrucción. Ya el obispo Argebado se había puesto en marcha para implorar perdón. Y hete aquí que, viendo el veloz avance del soberano con una incalculable formación de combatientes a casi cuatro millas de la ciudad, desmontó de su corcel para acudir al encuentro del soberano en persona, se hinca de hinojos en tierra y suplica el perdón. En su encuentro con él, el soberano contuvo un instante su caballo y, como era propenso a la misericordia en lo profundo de su ser, mandó al obispo alzarse de tierra. El hombre se yergue acto seguido y, entrecortada el habla por sollozos y gimoteos, con voz lastimera decía:

"¡Ay! Hemos pecado contra el cielo y contra ti, sacratísimo soberano. No somos dignos de que nos acoja la gracia de tu compasión, de recibir la concesión de tu perdón, puesto que hemos mancillado la promesa de lealtad que te ofrecimos y nos hemos desvariado en tan peligrosos pasos en falso. Tenga consideración de nosotros, te lo ruego, tu piedad, para que la espada justiciera no extinga nuestros moribundos restos y que el filo de tu arma no alcance a más ciudadanos de lo que ya lo ha hecho. Ordena al ejército que cese en el derramamiento de sangre y que los ciudadanos respeten a sus conciudadanos. Los más débiles hemos escapado a la espada, pero el perdón se pide por los débiles. Respeta, por tanto, nuestros restos, de modo que, puesto que ya contra otros de los nuestros fluyó la destrucción de la .muerte, por lo menos queden aquellos de quienes puedas compadecerte. Pues si no quieres cortar de seguida la carnicería, ni tan siquiera quedarán habitantes que miren por la ciudad."

(22) Conmovido por estas palabras el piadoso soberano, deshecho en lágrimas, no fue inexorable, porque sabía en el hondo arcano de su corazón que todo se le acababa, que todo lo que se decía se había terminado, de no conceder perdón a un suplicante. Por ello, el soberano respondió con estas palabras al suplicante: "Ten por cierto lo que voy a decirte. Vencido por tus súplicas, te regalo las almas que has solicitado. No las destruiré con la espada de la justicia; no derramaré hoy sangre de nadie, ni tampoco segaré la vida de nadie, aunque la ofensa de estos tales no va a quedar impune". El venerable varón le insistía en que, contra aquellos cuya vida había perdonado, no ejecutara ningún castigo ejemplar. Pero el soberano, que de pronto se tornó inclemente por un repentino acceso de cólera, le dijo: "Ya no me impongáis más y más condiciones, pues que ya es bastante con haberos perdonado la vida. Baste con respetarte íntegramente sólo a ti, pero de los demás nada de estos te garantizo". A partir de entonces, indignándose progresivamente, consumióse en su interno ardor y en rápida marcha se aprestaba a hacerse con la victoria, mandando delante de él grupos de legados, para que los nuestros se abstuvieran de la lucha hasta tanto toda la flor y nata del ejército viniera con el soberano para conquistar el interior de la ciudad.

(23) Apresurando finalmente el ritmo de marcha, llegó el soberano a la ciudad, despertando el sobrecogimiento por la tremenda comitiva y el ejército. Allí estaban los signos terroríficos de la guerra. Y así que el sol se había reflejado en los escudos, la propia tierra brillaba con doble luz; las propias armas radiantes también contribuían a aumentar el resplandor del sol más de lo habitual. Pero ¿qué os voy a contar? ¿Quién podrá describir la parafernalia de los ejércitos, las engastaduras de las armas, el aspecto de los jóvenes, la paridad de criterios? Fue entonces cuando se manifestó la divina protección, mostrándose con signos inequívocos, pues, según se refiere, parecióle a un hombre de país extranjero que el ejército del piadoso soberano se hallaba protegido por los ángeles

de la guarda y que los propios ángeles llevaban sobre el campamento del mismo ejército los símbolos de su protección en su revoloteo. Pero, dejando por un momento estas y otras cosas tales en silencio, sigamos por orden la labor acometida.

(24) Habiéndose dado cuenta el soberano de que el ejército ya se había congregado en un bloque unitario, situado a una distancia aproximada de la ciudad de un estadio, sacudido por un increíble ardor de espíritu, distribuye los generales, divide las líneas, y les instruye en el modo de desplegar el combate, disponiendo previamente, como lo había estado hasta hacía poco, la formación de hombre valerosos por las cimas de los montes y las costas marítimas que se conjuntan en parte de Francia, de modo que el tropel de combatientes expedito y ligero cumpliera las órdenes de ataque con más garantía, al no haber oído nada adverso procedente de pueblos extraños. Entonces, envía de entre los generales a los elegidos por ser más íntegros en fortaleza y coraje a sacar a Paulo y a los demás instigadores de la sedición de las cavidades de las Arènes, en las que se había refugiado para burlar a la muerte. Y sin dilación, cumpliendo las órdenes con hechos, de inmediato es sacado el propio Paulo junto con los suyos de los escondrijos de las Arènes y así, entregado por el muro, es tratado de mala manera. Luego, toda aquella insolente chusma de las Galias y de los francos, que desde allí había acudido a luchar contra los nuestros, es capturada y detenida junto con sus enormes tesoros. Y, al congregarse aquella pérfida caterva en un núcleo, flanqueada a derecha e izquierda por el ejército, dos de nuestros generales, montados a caballo, que sujetaban con las manos extendidas a Paulo, situado en medio de ellos con las manos atenazadas al pelo, comunican al soberano que va a serie entregado yendo a pie.

(25) En viéndole el soberano, con las manos tendidas al cielo, le dice entre lágrimas: “A ti, Dios, te alabo, rey de todos los reyes, porque humillaste al soberbio y con el valor de tu brazo trituraste a mis adversarios.” Estas y otras cosas semejantes profería el soberano ahogado en llanto. Pero tan pronto el usurpador contempló con los ojos alzados el rostro del soberano, al instante se postró en tierra y se desató el cinturón, ya medio exánime y trastornado por un miedo pavoroso, sin aguardar lo que le aconteciera. Era cosa digna de ver cómo de tan excelsa altura, aunque usurpada la legitimidad, había desembocado en esta repentina humillación y profundo oprobio. Era algo grande contemplar cuán fácilmente se había producido la mudanza de la situación: ¡qué pronto podrías ver abatido aquel, a quien hasta hacía poco le habías oído ufano y a quien la víspera le había tenido aún como rey, derrumbarse en precipitada caída en la catástrofe! En él se cumplió plenamente aquella profética frase: “Vi al impío altanero y remontado por encima de los cedros del Líbano. Y pasé y ya no estaba; y le busqué y su paradero no se halló.” ¿Y qué más? Cuando el propio Paulo y los demás cautivos de la misma banda se detuvieron delante del caballo del soberano, díjoles: “¿Por qué os habéis precipitado en tamaña locura, respondiendo con iniquidades a mis mercedes? Pero ¿para qué me voy a parar? Marchaos y consideraos bajo arresto hasta que se os juzgue. Os concederé la gracia de vivir, aunque no lo merezcáis”. Entonces los entregó a todos repartidos entre el ejército, después de haber elegido alertas centinelas. Con relación a los prisioneros francos, manda que sean tratados correctamente. Había algunos de ellos de nobilísimo linaje que fueron tomados como rehenes; el resto (algunos eran francos, otros sajones) los devolvió a todos a casa colmados por la munificencia del rey, dieciocho días después de haber sido apresados, pues decía que el vencedor no debe mostrarse inmisericorde para con los vencidos.

(26) El 31 de agosto comenzaron los nuestros las hostilidades contra Nîmes y el 1 de septiembre tuvo lugar la irrupción en la ciudad. Finalmente, el 2 de septiembre el usurpador Paulo es derrotado y hecho prisionero en célebre captura. Pero después de ello, el corazón del piadoso soberano, preocupado por la reconstrucción de la maltrecha ciudad, inmediatamente repara los socavones de los muros, sustituye las puertas incendiadas y entierra los cadáveres insepultos, restituyendo el botín arrebatado a los habitantes del lugar e indemnizando por los daños causados con cargo al tesoro público. Manda custodiar con más rigurosa vigilancia todo el acopio de tesoro

del que se habían apoderado, no impulsado por afán de avaricia; sino imbuido por el amor divino, de modo que los objetos consagrados a Dios pudieran apartarlos con más facilidad y restituirlos a las ceremonias del culto. Paulo, ese colmo de la maldad, había acumulado pecado sobre pecado, añadiendo el sacrilegio a la usurpación. Pues, como dijo un sabio, "si no hubiera espoliado las iglesias sagradas, no le fuera posible amasar su fortuna". Y así se procedió a que los vasos de plata, la mayoría de ellos robados de los tesoros de las iglesias, y la corona de oro, que el rey Recaredo había ofrendado al cuerpo de San Félix para honrar su memoria y que Paulo se atrevió a ceñir en su desvariada cabeza, todo ello almacenado en un montón mandó apartarlo con gran celo y cuidóse con suma devoción de restituirlo, según correspondía a cada iglesia.

(27) Ya había llegado para los vencedores el tercer día después de la victoria y Paulo, cargado de hierros junto con los demás, es presentado al soberano, sentado en su trono. Entonces, según la antigua costumbre, inclina el cuello, doblando la espina dorsal, ante las reales plantas; luego, a la vista de todo el ejército es declarado culpable junto con los otros, mereciendo en opinión de todos la pena de muerte, por haber perpetrado la muerte del rey. Pero no recayó sobre ellos ninguna sentencia de muerte; sufrieron sólo, como es preceptivo, el castigo de la decalvación.

Circulaba, no obstante, el rumor de que los francos vendrían a liberar a los cautivos. Pero el soberano, que ansiaba la ocasión de pelear contra los francos, manteníase a la expectativa, deseando castigar las afrentas no sólo de esta vez, sino las pasadas infligidas a su gente, aguardando día tras día con prestancia de ánimo la llegada de aquellos, contra quienes se disponía a combatir de todos modos. Pero como ningún franco se aproximó con intenciones hostiles, habíase él jurado que les acometería antes, a menos que lo impidiera una madurada reflexión de su corazón y de sus partidarios, en el sentido de no dar lugar a derramamientos de sangre, quebrantando el pacto de paz entre ambos pueblos. Pero mientras rumiaba su propósito de luchar contra éstos, como se ha dicho, ya había pasado el cuarto día desde que había capturado a Paulo y no obstante seguía esperando la llegada de gente enemiga. Pero no se advertía ninguna iniciativa del enemigo, ninguna acción, ninguna concentración hostil, porque también las ciudades más prepotentes de Francia deploraban ya, según se decía, su catastrófico final y sus habitantes, para no ser sorprendidos por los nuestros, abandonadas las ciudades, vagaban de acá para allá sin rumbo fijo, protegiendo su vida por recónditas quebradas.

El piadoso soberano se encontraba en el llano con el ejército a cierta distancia de la ciudad de Nîmes. Allí emplazó el campamento y con sorprendente rapidez lo rodeó de una firme empalizada. A la espera de la llegada del enemigo, de repente oye a un mensajero que uno de los duques de Francia, de nombre Lupo, se había acercado con intenciones hostiles por la zona de Béziers. Al quinto día, después de haber capturado a Paulo, cuando ya había salido de la ciudad de Nîmes marchando a toda prisa con el ejército, trató de anticiparse a las asechanzas del enemigo que le habían sido denunciadas. Pero Lupo, junto a la villa llamada Aspiran, al oír la vuelta del rey, se dio a la huida tan asustado que parecía que faltara ejército al general y general al ejército. O no fue capaz de detener a los suyos en la huida o los suyos no fueron capaces de seguirle de ninguna manera, ya que sus corazones se habían visto presas de tal pavor que, dispersándose y corriendo no sólo por senderos transitables, sino también por montaraces quebradas, como si vieran ya las espadas a punto de descargar sobre su cuello, mostrando a las claras haber ganado la vida, cortan por lo sano con la fuga, dejando en su confusión a nuestras huestes cuantioso botín, tanto de hombres que no podían seguirles, como de bestias o atalajes que se habían traído en abundancia para engancharlos a sus carros. Y ya un pelotón escogido de combatientes, seleccionado por el rey, iba persiguiéndolos a paso ligero; pero tan cobarde fue su huida, tan aprisa acudieron a refugiarse en los escondrijos de sus linderos que resulta increíble el que no dejaran ni rastro de adónde huyeron o en dónde se ocultaron y se metieron.

(28) En vista de ello, el soberano, como no podía encontrar a Lupo con los otros, dirigiéndose a Narbona con sosegada marcha, entra vencedor en la ciudad. Allí todos los destrozos de la provincia Narbonense, desperfectos y socavones que se infligieron hasta la misma tierra, que exhalaba vapores febriles por causa de la devastación y correría de los nuestros, corregidos merced a su munificencia, los recompone por mandato suyo y los arregla conforme a sus designios; solventa incluso la situación con una paz encomiable. Allí licencia las huestes escogidas de combatientes, arranca de cuajo todos los brotes de la rebelión, expulsa a los judíos y nombra gobernantes de las ciudades más comprensivos, con cuyo concurso pudiera aplacar la iniquidad de tan grave desgracia y la tierra, ensuciada con tanta basura, se remitiera al perdón, redimida por un nuevo bautismo. Pues, en razón de haberse alzado la tierra gala pavoneándose sobre el acostumbrado coturno de su altanera soberbia, de tal forma fue esquilmada por un saqueo inmisericorde y raída de riquezas y pelada de utillajes que con razón se cree que a partir de entonces se vio despojada de todo el robín y maldad que había engendrado.

(29) Desde entonces el soberano, exhaustas y sojuzgadas las Galias, emprendió confiado camino en línea recta a Hispania, sin temer a su espalda ninguna maniobra gala, y sin asustarse tampoco por asechanzas francas, sabiendo a ciencia cierta que no había nadie, que perpetrara disturbios entre su gente o tendiera emboscadas por parte de los de fuera. Pues con tan grande entereza e integridad de espíritu no sólo no se atemorizó de los pueblos bárbaros de los alrededores, sino que los menospreció, hasta el punto de que, situado aún en el interior de las Galias en el lugar llamado Cabanes, obsequió con un discurso de agradecimiento a todo el ejército por haber salido con bien y haber salido todos inmediatamente de este paraje. Él, al llegar a Elne, se detuvo allí un par de días. Y, tras salir de allí, portando éxitos favorables, regresó a Hispania y volvió a ocupar la sede de su solio al sexto mes de haberlo dejado. Se hace necesario, sin embargo, describir con qué ceremonia triunfal entró en la capital del reino, victorioso de sus enemigos, para que, del mismo modo que los siglos venideros proclamarán la grandeza de su gloria, en igual medida el oprobio de los sediciosos no se borre de la memoria de los que vengan después.

(30) Y así, Paulo, soberano de la usurpación, y otros correligionarios suyos en la sedición, a una distancia aproximada de la ciudad de cuatro millas, con las cabezas afeitadas, la barba rala y los pies descalzos, ataviados con túnica y sayón sucios, aparecen montados en carros tirados por camellos. El rey de la traición abría el cortejo, acreedor de toda ignominia y coronado con una banda de cuero negra. Seguíale a este rey la comitiva de sus secuaces dispuesta en larga hilera, montados todos ellos en los vehículos que se han descrito y caracterizados con idénticos motivos de escarnio, entrando en la ciudad ante la muchedumbre que se agolpaba por aquí y por allá. Pues no debe pensarse que esto haya ocurrido sin intervención del justo juicio de Dios, de manera que el paseo en carro a la vista de todos simbolizaba las elevadas e inmarcesibles cotas de su error y que quienes habían aspirado por la doblez de su mente a cosas situadas más allá del límite humano, lavaran la injuria de su encandilamiento yendo más alto. Por tanto, sirva este relato a los siglos venideros: a los honrados de tributo, a los pillos de ejemplo, a los leales de gozo, a los traidores de tormento, de manera que, al verse ambos bandos retratados a sí mismos en la lectura de este relato, el que marcha por la senda de la justicia evite caer en la tentación, y el que ya ha caído se reconozca aquí por siempre en el castigo de éstos.

Fin de la “Historia de Paulo”

Denuesto de un historiador contra la tiranía de la Galia.

(1) Te complace, Galia, vilipendiar a los vencedores con tus desatinos, por los que te has ganado, infeliz, la precipitación en el desastre. ¿Dónde está aquella libertad tuya, en la que apenas liberada te ufanabas con el ceño erguido de la soberbia? ¿Dónde las elevadas voces, con las que menospreciabas las huestes hispanas, considerándolas más endebles que tus hembras? ¿Dónde aquellos henchidos aspavientos, con los que rehusabas las alianzas con los hispanos en razón de tu altanería? ¿Dónde los encumbramientos de tu boca abierta, cuando a menudo te pavoneabas con inciertas riquezas? ¿Dónde los cuellos erguidos y las resoluciones, que siempre minimizaron el gobierno de tus jefes? ¿Qué pensabas que iba a pasar, cuando tú misma te hundieras en tus obras, te laceraras con tus manos, te desmadraras en tus proyectos, te sumaras a la traición? Con tus actos te asaetaste, cuando añadías delito sobre delito, metida en la usura de los negocios, entregada a la prostitución, presa de prejuicios, más propensa a la amistad con los judíos que con los fieles de Cristo. Pues, aunque tenías la ley del adulterio, considerabas honesto todo lo que habías hecho: engolfarte entre rebaños de prostitutas como las bestias, asesinar a los amigos durante el banquete, segar almas inocentes. Te mostrabas cicatera con los que a ti llegaban y, cuando habías acogido en hospitalidad a cualquier hombre junto con su esposa e hijos, te bebías su sangre mezclada en vino; tras degollar al marido y asesinar a los hijos, a la madre superviviente la arrebatabas como concubina para solaz tuyo.

(2) Y aun cometiendo esos delitos, no te estremeces con el horror de tanto crimen, sino que encima de todo esto tienes ánimos para asociarte con judíos, cuya infidelidad, si quieres atenderme, reconoces haber propagado ya a tus hijos, en tanto que quienes brillaban ante ti con el título de cristianos, es manifiesto que se han pasado a la perfidia de los hebreos; pues siempre te sumabas al parecer de aquellos, cuyos corazones sabías que parecían reprobables a Dios. Y ¿cómo podías venerar las indecibles ceremonias de los judíos, en las que tan repentinamente habías puesto la salvación de tu alma? Date cuenta, desgraciada, date cuenta de lo que has hecho. Bástete con haber perdido la memoria en el delirio de la fiebre. Ahora ya, superado el desvarío de la fiebre, reconócete como nodriza del escándalo, madre de blasfemos, madrastra de infieles, hijastra de litigios, amasijo de prostíbulos, cubil de traición, fuente de perfidia, asesina de almas.

(3) Pero no basta con que todo esto haya manado de tus pechos, sino que encima, para que no faltara nada a ese azote de tamaña calamidad, aunque tenías rey, te buscas otro rey, extraído de la artería y no de la legitimidad, de la añagaza y no de la honestidad. Pues ¿cuándo se ha visto que una mujer que tenga marido se rejunte con otro sin exponerse a un riesgo? Sólo tú antepones lo tuyo al riesgo y, sin temor a la traición, suplantas el cetro para su traición. ¿Quién hizo lo que se ha contado? ¿En dónde apareció por vez primera esta maldad famosa en el mundo entero, sino de entre medio de tus pechos? De verdad que merece admiración el útero de tu mente, que, pese al múltiple parto de crímenes, ni resolló, sino que concibió un dolor tan admirable que parió tan grande abundancia de dolores en estos tiempos nuestros.

(4) Y si aseguras que ha venido de otra parte lo que tú misma has admitido, escucha si ha sido perpetrado por instigación tuya o ajena: el feto es obra tuya, porque tú lo has concebido, no podrás negarlo. Pero si has traído este engendro de otra parte, ¿por qué lo incubaste y no mejor lo arrojaste de tus lindes como un purulento miembro? Ahora que si tú lo has engendrado, ¿por qué no abortaste ese monstruo antes de que se desarrollara? ¿No es acaso más indicio de sensatez el que ·las mujeres razonables den muerte a los monstruos por ellas engendrados? Crimen, ciertamente, es matar los fetos normales; cordura, matar los aberrantes. Y si eres acusada de no poder equipararte a la virtud de ésta y rechazar el feto concebido, ¿dónde están aquellos soberbios estallidos de tu boca, dónde las voces henchidas, dónde las histéricas sacudidas, el fruncir entrecejos y las subidas de tono, con las que creías y retumbabas en atronadores sones que no sólo una parte de Hispania, sino toda

Hispania, no sería capaz de aguantar una puñada tuya? Así que no te excusabas con palabras atinadas, cuando, no pudiendo por la fuerza de las armas, no persistías en una fe mejor armada y aguantabas con más fidelidad hasta el definitivo embate entre las tempestades de infieles. Habías jurado voluntariamente lealtad a un soberano piadoso, prometiendo en el nombre de Dios que te mostrarías enemigo para sus enemigos y que lucharías hasta la efusión de sangre por su seguridad contra sus adversarios.

(5) Dime, pues, ¿quién de los tuyos cayó por la lealtad debida; quién de los tuyos fue muerto por afianzar la lealtad; quién de los tuyos se mostró dispuesto a morir por la verdad; quién se ofreció a morir por la lealtad? No hubo ni uno de los tuyos en quien tuviera más fuerza el espíritu de la Sagrada Unción. Así, incumplidora de tu promesa, fácil para el perjurio, no sólo no extingues el fuego de deslealtades engendrado en tu seno, sino que lo atizas; y no sólo lo alimentas de palabra, sino también de obra. He aquí las manifestaciones triunfantes de tu conducta: no herir al enemigo, asesinar al conciudadano, más propensa a tomar las armas contra el ciudadano que contra el enemigo, puesto que siempre fuiste más hábil para matar a los aliados que a los adversarios. Y, como esto lo emprendes no por la fuerza de las armas, sino preferentemente con ardides y celadas, más hay que temer a tus venenos que a tus armas, pues has enterrado a más con el veneno de tu hiel que con el impacto de tus armas.

(6) Nunca hemos visto en el campo de batalla tus arremetidas contra el enemigo, más bien hemos padecido en casa la ponzoña de tu corazón. Hemos visto, sí, hemos visto a tus columnas preparadas, pero para exterminio de conciudadanos, no para muerte de foráneos. ¿Cómo has llegado a inflarte en una nube de crueldad tal que preparaste el aniquilamiento de los libertadores y la venganza sobre los defensores? ¿Qué necesidad hubo de instigar a los más valerosos al combate y disponer la matanza de los mejores? Pero eso lo haces no sin motivo, ya que no te das cuenta de la locura que padeces, al exponerte a contender con ellos. En efecto, los locos suelen tenerse por más fuertes, cuando su naturaleza parece alcanzar el delirio final, pero estas y otras cosas semejantes las hacen, no impulsados por un sentimiento vital, sino tras tornados por su mortal desvarío. Con que, si, después de tu locura, has recobrado la memoria, te conviene recordar con qué alaridos te estremecías en los accesos de la fiebre y a quiénes creías en tu inconsciencia que podías relegar al menosprecio.

(7) Pero, ¡mira!, el ejército hispano, pasadas esas gravísimas fiebres que te habían quitado la razón, se te presentó a tiempo, y no en su totalidad, sino en una mínima parte de él, derrotó a tus huestes, doblegó tu cuello, cerró tu hinchada boca y de lo que eres o no eres capaz lo probó mejor con sus espadas que con tus bravatas. ¿Qué, pues, infeliz, dices a los vencedores, ahora que yaces postrada con lastimero aspecto, vencida por la espada de los vencedores? ¡Mira!, el ejército hispano con su legítimo rey a la cabeza te domeñó bravamente, te pisoteó como un despojo y te redujo a esclavitud. Pero no quiero que culpes de inhumano contigo a aquel, por cuyos tan prestos desvelos te ves adornada. Pues, aun cuando la servidumbre era lo que en justicia merecías, de la misma forma que una cabeza sana se compadece de un miembro enfermo, perdonándote como víctima de la libertad, que ahora habíase trocado para ti en servidumbre, y borrando con mano generosa las antiguas marcas de tu perfidia, te hizo copartícipe de su dignidad, antes de que, con tu arrepentimiento, en jugaras las faltas que habías cometido, de manera que, como habías perdido el título de libertad por tu impía temeridad, recibieras una prueba de hidalguía.

(8) Pero ¿qué hay de admirable en que te otorgara este trato, sin merecerlo, quien en otro tiempo se mostró siempre tu aliado en el peligro y en tu conquista se expuso a ser conquistado? Digno de admiración es, pues, el contraste entre los dos bandos contendientes: ¡Cuánta crueldad en ti, cuánta bondad en los hispanos! Ellos discurren la paz, tú la celada; ellos la defensa, tú la destrucción. Ellos siempre corrieron en tu ayuda con el ejército en armas; tú invitas a las espadas

extranjeras para la subversión. Ellos se esfuerzan en que repelas al enemigo por vigor o por astucia; tú, valiéndote de ambos medios, del engaño por cuenta propia y de la fuerza por la ajena, marchas contra el ejército hispano. Ellos siempre velaban por tu defensa aun con riesgo por su parte; tú, por el contrario, construyes fortalezas contra ellos no sin granjearte la ruina en tu malhadada tentativa. Ellos procuran tu salvación y, si alguna vez no acuden con las armas, la compran a precio de oro; tú, su muerte, que no podías perpetrar con las armas, por medio de halagos ¿Cuándo los has visto alegrarse de tus penalidades o regocijarse por tus muertes? Más aún, si se propagaba el rumor de que estabas sitiada por el enemigo o devastada por una correría enemiga, al punto un grupo armado de hispanos se ofreció presto a defenderte y despreciando el propio riesgo combatía a tus enemigos. Y, pese a haber tanta tierra de por medio, no se quejaba de sufrir toda suerte de penosos contratiempos, con tal de conseguir el restablecimiento de la paz. ¡Fíjate!, ya es conocido cuánto subió el sentimiento de solidaridad entre los hispanos y cuánto se encendió en ti el torbellino de la iniquidad. Y, en efecto, a los hispanos, a los que menospreciabas, los has visto vencedores y compasivos contigo; pero tus hijos, engendrados de un parto viperino, ¿qué otra cosa trajeron sino el hambre, la peste y la guerra? Útil sea haberte increpado hasta este punto y quizá te sirva como pago por tu salvación lo que se ha proclamado en tono de áspera reprimenda, de modo que esta acritud verbal más sea motivo de enmienda que de caída en la desesperación.

(9) Queda ahora que te sumas en arrepentido llanto, abatida en tal palidez y demacrada por tal escualidez que, conduciéndote siempre bajo humilde aspecto, te sonrojes de las pasadas fornicaciones, para que la locura no se recrudezca en el lugar de las cicatrices, para que la llaga no reaparezca en la herida ya curada, para que el viciado pulmón no exhale aliento altanero ni soberbio; sino que, repuesto todo al estado de salud el denuesto te resulte útil y llevadera la admonición, a fin de que en lo sucesivo un sano vigor conserve en ti el recuerdo, y la propia memoria, recuperada al fin, rescinda en ti todas las explosiones de un corazón airado. Y si, como es tu costumbre, te revuelves en violentas sacudidas contra los que te censuran y aconsejan, bueno será concluir el denuesto con los versos, con que un sabio se convence de haber zaherido a la muerte. Helos aquí:

Ya si ni a las lágrimas cedes ni los versos sientes,
sírvante de espada las palabras que te digo.
Él dañará tus mordeduras y a los tártaros vencerá,
quien venció al mundo por el sacrificio de la Cruz.

Fin del “Denuesto de la vil provincia de la Galia”

Juicio promulgado contra la perfidia de los usurpadores.

(1) El delito manifiesto de los traidores se debe perseguir con mayor severidad, por cuanto parece haber sido perpetrado para ilícitos propósitos. Consideren, por tanto, como signo de su propio extravío el haber osado violar un juramento de lealtad. Leguen el título de traición a sus descendientes aquellos a. quienes la indulgencia del soberano les llevó a comportarse como ingratos. Márquense entre las filas de los traidores quienes maquinaron la desgracia a su propia gente, de modo que por los siglos de los siglos ostenten el título de su infamia los conspiradores para con su patria. A los que la clemencia del rey conceda seguir vivos, no se libren de la extracción de los ojos, por haber incurrido en el delito de alta traición con mengua para la gloria de la patria. Hete aquí que una perfidia sin límites revelóse a campo abierto, la cual, invitando a las juntas con canallas en criminales círculos, soliviantó a los ciudadanos al escándalo, a la muchedumbre a su autodestrucción, a las gentes a la subversión de la patria y a atentar contra el príncipe no sólo a los pueblos propios sino también a naciones extranjeras. Testigo de lo que decimos es la tierra

devastada en su propio exterminio; testigo también el cielo, bajo el cual Dios nos ha otorgado el estandarte del triunfo. Pues, por cuenta propia quebrantó el juramento e impuso un nuevo juramento, de manera que, relegada la voluntaria promesa de lealtad, renegó de nuestro rey elegido por Dios y se granjeó la inmediata perdición suya y de la patria. Pues con el nuevo rito perjuro no sólo embaucó a su propia alma sino también la de muchos pueblos, de forma que en ellos vino a cumplirse el vaticinio del profeta que reza así: “Caerán en la red sus príncipes víctimas del fu ror de la cólera divina y habrá escarnio de ellos en toda la tierra”, así como también aquello que cuenta sobre la muerte de los tales, cuando dice: “Halláronse en mi pueblo unos impíos tramperos, tales como cazadores de pájaros, tendiendo lazos y cepos para cazar hombres. Igual que la jaula llena está de pájaros, así su casa llena está de mentira.”

(2) Y baste con esto. Como nuestro serenísimo Señor, el rey Wamba, encargase al bellaco Paulo de la defensa de la Galia y de detener con un plan meditado a unos disidentes a la lealtad de su gloria, de repente, mudando un asunto que a él le atañía en parecer contrario, no sólo no actuó contra los disidentes, persistiendo en la lealtad debida, sino que él mismo con su disidencia volvió a muchos otros traidores. Instigando al pueblo y a la patria contra el mencionado príncipe, primero se despojó del juramento de lealtad y, rasgando la tela de su vestido, se atavió con la mancha del perjurio. Seguidamente dirige insultos contra el glorioso soberano y profiere contra él toda clase de reproches degradantes e injuriosos. Luego de esto, lo que no es lícito de decirse, arrebató el reino contra el designio divino y obligó al pueblo a prestarle juramento en una ilegal proclamación, orientada a proceder contra la lealtad debida y a procurar la muerte o la anulación del príncipe, observando en la enumeración de perversas fórmulas el atreverse a llamar taxativamente a nuestro glorioso soberano, el rey Wamba, rey infausto. Esta palabra quiere decir, según su interpretación, malhadado. Pero él, encumbrado en la cima de la tiranía, sometiendo al escandaloso imperio de su capricho toda la provincia de la Galia y alguna parte de la Tarraconense, estableció en cada una de las ciudades unos reductos defensivos especiales, poniendo en ellos sus propios defensores.

(3) Por la temeridad de esta impía acción nos vemos obligados a empuñar las armas y, pese a la distancia, a perseguir la perfidia de los impíos. Así que, con tal de cortar de raíz la usurpación de los conjurados, nos dirigimos en son de guerra a la provincia Tarraconense y a las Galias y, bajo la divina protección, nada más llegar a estas ciudades y fortificaciones, detuvimos con éxito a esos satélites y defensores de las ciudades y reductos. Pues primero en Barcelona apresamos con el ejército a Euredo, a Pompedio, a Guntefredo, al diácono Hunulfo y a Neufredo, liberando a la par la ciudad. Luego, llegándonos a "Clausuras" con el ejército bordeando las alturas del monte Pirineo, penetramos en el mismo campamento y capturamos a los defensores del campamento, a saber, a Ranosindo, a Hildegiso, a Helia, a Carmeno, a Murecón, a Wandemiro, a Dagaro, a Cixán y Liubilán. De esta guisa, avanzando a paso ligero, aprehendimos en el fuerte de Collioure con el ejército dispuesto en divisiones a Leufredo y Guidrigildo y a las esposas de ambos. También irrumpimos en Llivia, capital de la Cirritania, avanzando de idéntica forma. El obispo Jacinto con Arangisclo, a una en la traición, la defendían a título del pérfido Paulo. Pero como Jacinto no pudo defender Llivia, ni tan siquiera escapó él a nuestras manos con la ayuda de Dios. Cuando el pérfido Paulo se enteró del apresamiento de todos estos y de la invasión de la Galia a través de la huida de los francos que se había traído para defender “Clausuras”, abandonándola a su suerte, trató de zafarse huyendo a la ciudad de Narbona; dejó allí como salvaguarda de la ciudad al falso obispo Ramiro, a Witimiro, a Argemundo y al primiclerio Gultrición. El tal Ramiro, a la vista del ejército, diose a la fuga, antes de que la ciudad fuera asaltada, pero, apresado, luego en tierra de Béziers, no escapó a nuestras manos. Luego, tras la captura de los mencionados seglares Witimiro y Argemundo y del primiclerio Gultrición, que defendían Narbona y luchaban bravamente contra nosotros, la ciudad de Agde la sometimos al imperio de nuestro glorioso señor, apresando en ella al obispo Wilesindo a Arangisclo y a Ranosindo, hermano del obispo Wilesindo.

(4) Y como, después de esto, con la ayuda de los divinos designios, nos aprestamos a tomar la ciudad de Maguelonne, así que el obispo Gumildo vio dos ejércitos, uno por mar y otro por tierra, al punto abandonó la ciudad, dándose a la huida y refugiándose con el pérfido Paulo en Nîmes. Y, luego de haber conquistado con mayor gloria la ciudad de Maguelonne y a sus defensores, de seguida nos encaminamos hasta Nîmes en pos del traidor Paulo y de sus sicarios. Allí Paulo, afianzado no sólo en la audacia de sus compinches, sino protegido también con la ayuda de los francos, habíase recluido para la lucha. Luchando con sumo arrojo en este lugar y persistiendo en la osadía de su deslealtad, por fin, amparados por los divinos designios y por nuestras armas, tras irrumpir en la ciudad, Paulo fue derrotado, detenido y hecho prisionero. Necesario es recordar a sus compinches, contra quienes heroicamente combatimos en el asalto a esta ciudad y que resueltamente se adhirieron a su conspiración tanto tiempo, cuanto tardaron en ser capturados junto con el más bellaco, el obispo Gumildo; del clero Frugisclo, Flodario, Wistrimiro, Ranemundo, Andosin do, Adulfo, Máximo y Juan; Avarno, Aquilino, Odofredo, Iberio, Juan, Mosamio, Amingo, Wazimar, Cunierico, Traserico, Trasemiro, Bera, Ebrulfo, Recaulfo, Cótila, Guldramiro, Liuba, Ranila e Ildericelo, sin contar el contingente de tropas y de francos que fueron apresados en gran cantidad en la propia ciudad.

(5) Así, pues, ese criminal de Paulo, convocados y reunidos todos nosotros, a saber, todos los señores de palacio, gardingos y oficiales de palacio, en presencia de todo el ejército, bajo la supervisión de nuestro glorioso señor, mientras asistía al juicio junto con sus compinches, el mencionado príncipe así le habló sobre el fracaso de su conjura: “Te conjuro en el nombre de Dios todopoderoso a que en esta asamblea de hermanos míos contiendas conmigo, si en algo te afrenté o en alguna ocasión te di pábulo para la villanía, soliviantado por Jo cual emprendiste esta tiranía y trataste de adueñarte de la suprema dignidad del reino”.

(6) Luego ese impío de Pau1o prestó declaración con clara voz diciendo: “Juro por Dios que ni sentí que fuera lastimado por tu gloria ni recibí de vosotros afrenta alguna, sino que siempre diste orden de hacerme copartícipe únicamente en tus mercedes, que en modo alguno merecí disfrutar. Pero lo hice instigado por diabólica tentación”. En forma idéntica sus mencionados compinches fueron interrogados y todos respondieron de forma pareja. Luego fueron proclamados los formularios legales, en los que con libre juramento, cuando la elección de nuestro glorioso señor el rey Wamba, ese colmo de maldad de Paulo y sus secuaces junto con nosotros consintieron y declararon observar lealtad inquebrantable para con su persona y para con la patria bajo divino juramento, estampando las firmas de su propia mano. Tras la muestra y lectura de los formularios legales, se les hace reparar en la firma de su propia mano al pie del formulario para confundir su perfidia. Después de esto, son leídos otros formularios, con los que el pérfido Paulo había obligado al pueblo a prestarle acata miento. En ellos se hizo hincapié en esa disposición impía y cruel, según la cual todos los secuaces de Paulo le habían jurado su compromiso de serie leales y con él luchar contra nuestro glorioso señor el rey Wamba y combatir hasta su eliminación con efusión de sangre incluso y contra quienes pretendieran defender a nuestro señor, tachando en ese formulario de infausto a nuestro glorioso señor el rey Wamba, como ya se dijo, además de otras cosas deleznables que se encuentran por escrito en dichos formularios.

(7) Tras el examen y lectura de los formularios, se proclamó sentencia canónica del concilio de Toledo canon 75, donde se dice textualmente: “Todo aquel de nosotros y de los pueblos de toda Hispania que con cualquier tipo de intriga o afán sectario atente contra el sagrado deber de lealtad, que ha jurado en interés de la patria y del pueblo godo y en pro de la incolumidad de las prerrogativas regias”, etc. Luego se dictó sentencia civil del libro II, título 1 º, capítulo 6º, donde se dice literalmente: “Todo aquel que desde época del príncipe Chintila, de veneranda memoria, hasta el segundo año de nuestro reino, a Dios gracias, y en adelante”. Aleccionados en la normativa de este canon sagrado, ya no dudamos por más tiempo en llenarle de temor, sancionándolos, conforme

a la prescripción legal, con una pena física y pecuniaria, a quienes ya los antepasados habían castigado espiritualmente con anatema de por vida para juicio tan ominoso. De acuerdo con esto, a tenor de la ley promulgada, todos nos pronunciamos en unánime parecer por que el pérfido Paulo junto con sus mencionados secuaces fueran condenados a la muerte más ignominiosa, de manera que vean cumplida la caída en la perdición perpetua quienes fraguaron la subversión de la patria y trataron de causar la muerte al príncipe. Y caso de que el príncipe les perdonara la vida, no de otro modo vivirán más que con los ojos sacados. Decretamos asimismo que todos los bienes de Paulo y de sus compinches pasen al arbitrio de nuestro glorioso señor, de modo que todo lo que la clemencia de su serenidad disponga que se haga o se decida de ellos quede a su arbitrio infalible, a fin de que el nombre de los sediciosos desaparezca de la faz de la tierra y los siglos venideros rehuyan imitar su triste recuerdo señalado con estos títulos.

FIN

HISTORIA WAMBAE REGIS
AUCTORE IULIANO EPISCOPO TOLETANO

Incipit epistola Pauli perfidi, qui tyrannice rebellionem in Gallias fecit Wambani principis magni.

In nomine Domini Flavius Paulus unctus rex orientalis Wambani regi austro. Si iam asperas et inhabitabiles montium rupes percircuisti, si iam fretosa silvarum nemora ut leo fortissimus pectore confregisti, si iam caprearum cursum cervorumque saltum, aprorum ursorumque edacitates radicitus edomuisti, si iam serpentium vel viperarum venena evomuisti, indica nobis, armiger, indica nobis, domine, silvarum et petrarum amice. Nam si haec omnia ista accubuerunt et tu festinas ad nos venire, ut nobis abundanter filomelae vocem retexeas, et ideo, magnifice vir, ascendit cor tuum ad confortationem, descende usque ad Clausuras (castrum est in Pyreneis montibus); nam ibi invenies opopumpeum grandem, cum quo possis legitime concertare.

In nomine Domini incipit liber de Historia Galliae, quae tempore divae memoriae principis Wambae a domino Iuliano Toletanae sedis episcopo edita est.

In nomine Sanctae Trinitatis incipit historia excellentissime Wambae regis de expeditione et victoria, qua revellantem contra se provinciam Galliae celebri triumpho perdomuit.

1. Solet uirtutis esse praesidio triumphorum relata narratio animosque iuuenum ad uirtutis adtollere signum, quidquid gloriae de praeteritis fuerit praedicatum. Habet enim ipsa humani moris instantia pigrum quendam internae uirtutis affectum, et inde est, quod non tam citatior ad uirtutes quam ad uitia proclibior reperitur. Quae nisi iugi exemplorum utilium prouocatione instructa perstiterit, frigida remanet et torpescit. Hac de re, ut fastidiosis mentibus mederi possit relatio praeritae rei, nostris temporibus gestum inducimos, per quod ad uirtutem saecula prouocemus.

2. Adfuit enim in diebus nostris clarissimus Wamba princeps, quem digne principari Dominus uoluit, quem sacerdotalis unctio declarauit, quem totius gentis et patriae communio elegit, quem populorum amabilitas exquisiuit, qui ante regni fastigium multorum reuelationibus celeberrime praedicitur regnaturus. Qui clarissimus uir, dum decidentis Recesuindi principis morte exequiale funus solueret et lamenta, subito una omnes in concordiam uersi, uno quodammodo, non tan animo quam oris affectu pariter prouocati, illum se delectanter habere principem clamant; illum se nec alium in Gothis principari unitis uocibus intonant et cateruatim, ne postulantibus abnueret, suis pedibus obuoluuntur. Quos uir omni ex parte refugiens, lacrimosis singultibus interclusus, nullis precibus uincitur nulloque uoto flectitur populorum, modo non se suffecturum tot ruinis imminentibus clamans, modo senio confectum sese pronuntians. Cui acriter reluctanti unus ex officio ducum, quasi uicem omnium acturus, audacter in medio minaci contra eum uultu prospiciens

dixit: “Nisi consensurum te nobis modo promittas, gladii modo mucrone truncadum te scias. Nec dehinc tamdiu exhibimus, quamdiu aut expeditio nostra te regem accipiat aut contradictorem cruentus hic hodie casus mortis obsorbeat”.

3. Quorum non tam precibus quam minis superatus, tandem cessit, regnumque suscipiens, ad suam omnes pacem recepit, et tamen dilato unctionis tempore usque in nono decimo die, ne citra locum sedis antiquae sacraretur in principe. Gerebantur enim ista in uillula, cui antiquitas Gerticos nomen dedit, quae fere centum uiginti milibus ab urbe regia distans in Salamanticensi territorio sita est. Ibi enim uno eodemque die, scilicet in ipsis Kalendis Septembribus, et decidentis regis uitalis terminus fuit et pro subsequentis iam dicti uiri praelectione illa quam praemisimus populi adclamatio extitit. Nam eundem quamquam diuinitus abinceps et per hanelantia pleuium uota et per eorum obsequentia regali cultu iam circumdederant magna officia, ungi se tamen per sacerdotis manus ante non passus est, quam sedem adiret regiae urbis atque solium peteret paternae antiquitatis, in qua sibi oportunum esset et sacrae unctionis uexilla suscipere et longe positorum consensus ob praelectionem sui patientissime sustinere, scilicet ne, citata regni ambitione permotus, usurpasse potius uel furasse quam percepisse a Domino signum tantae gloriae putaretur. Quod tamen prudenti differens grauitate, nono decimo postquam regnum susceperat die Toletanam urbem ingreditur.

4. At ubi uentum est, quo sanctae unctionis uexillam susciperet, in praetoriensi ecclesia, sanctorum scilicet Petri et Pauli, regio iam cultu conspicuus ante altare diuinum consistens, ex more fidem populis reddidit. Deinde curbatis genibus oleum benedictionis per sacri Quirici pontificis manus uertici eius refunditur et benedictionis copia exibetur, ubi statim signum hoc salutis emicuit. Nam mox e uertici ipso, ubi oleum ipsum perfusum fuerat, euaporatio quaedam fumo similis in modum columnae sese erexit in capite, et e loco ipso capitis apis uisa est prosilisse, quod utique signum cuiusdam felicitatis sequuturae speciem portenderet. Et haec quidem praemisisse otiosum forte non erit, quippe ut posteris innotescat, quam uiriliter rexerit regnum, qui non solum nolens, sed tantis ordinibus ordinate percurrens, totius etiam gentis coactus impulsu, ad regni meruerit peruenisse fastigium.

5. Huius igitur gloriosis temporibus Galliarum terra, altrix perfidiae, infami denotatur elogio, quae utique inextimabili infidelitatis febre uexata genita a se infidelium depasceret membra. Quid enim non in illa crudele uel lubricum, ubi coniuratorum conciliabulum, perfidiae signum, obscenitas operum, fraus negotiorum, uenale iudicium et, quod peius his omnibus est, contra ipsum saluatorem nostrum et dominum Iudaeorum blasfemantium prostibulum habebatur? Haec enim terra suo, ut ita dixerim, partu perditionis suae sibimet praeparauit excidium et ex uentris sui generatione uiperea euersionis suae nutriuit decipulam. Etenim dum multo iam tempore his febrium diuersitatis ageretur, subito in ea unius nefandi capitis prolapsione turbo infidelitas adsurgit, et consensio perfidiae per unum ad plurimos transit.

6. Huius enim caput tyrannidis Ildericum fama sui criminis refert, qui Neumasensis urbis curam sub comitali preasidio agens, non solum nomen, sed titulam et opus sibimet infidelitatis adsciuit, adiunctis sibimet prauitatis suae socios Gumildum Magalonensis sedis detestandum antestitem et Ranimirum abbatem. His igitur criminis caput, dum per diuersos ignem suae infidelitatis accenderet, Nemausensis urbis episcopum beatae uitae Aregium ad perfidiae notam trahere nitebatur. Quem casto ore constantique corde repugnantem suis consiliis cernens, et ordinis et loci dignitate pribatum, pondere uinculorum honustum, in Franciae finibus Francorum manibus tradidit inludendum. Dein in sublati pontificis locum perfidiae suae socium Ranimirum abbatem inducit episcopum. In cuius praeelectione nullus ordo adtenditur, nulla principis uel metropolitani definitio praestolatur; sed erecto quodam mentis superbae fastigio, contra interdicta maiorum ab externae gentis duobus tantum episcopis ordinatur. Peracto temeritatis tantae prouentu, trium horum

hominum semina uirulenta perfidiae, Ildericus scilicet, Gumildus atque Ranimirus, terminos sibimet suae coniurationis statuunt et a loco ubi uocabulum fertur Mons Cameli usque in Neumasum terram Galliae diuidunt suaeque coniurationi adsciscunt, quo utique infidelitas a fidelitate secernitur. Collecta dein manu, ciues depopulant, labores exhauriunt, omnisque prouincia Galliae depraedatur.

7. Fama haec cucurrit ad principem, moxque ad extinguendum seditiosorum nomen exercitum per manum Pauli ducis in Gallias destinatur. Qui Paulus tepenti cursu cum exercitu gradiens, morarum intercapedine exercitum fregit. Ipse quoque bello abstinuit nec primos impetus in hostem direxit talique studio animos iubenum ab eo quo ardebant proeliandi furore submouit. Sicque Paulus in Sauli mente conuersus, dum pro fide noluit proficere, officere conatus est contra fidem. Regni ambitione illectus, spoliatur subito fide. Promissam religiosi principis maculat caritatem, praestationis oblibiscitur patriae et, ut quidam ait: tyrannidem celeriter maturatam secrete inuadit et publice armat. Agit haec arcano quodam consilio, ut affectatum fastigium regni ante queat uideri quam sciri, allectis sibi perfidiae suae sociis Ranosindum Tarraconensis prouinciae ducem et Hildigisium sub gardingatus adhuc officio consistentem. Quod uotum peruersi desiderii incredibili, ut ita dixerim, efficere celeritate intendens, collectis undique populis, simulate se pugnaturum contra seditiosos enuntiat. Diem statuit, locum proponit, quo Galliis pugnaturi accederent. Quod uir uitae uenerabilis et sollicitudine saluandae plebis idoneus Argebadus, cathedrae Narbonensis antistes, subtilissima quorundam relatione comperiens, utpote tyranno aditum illi ciuitatis intercludere nisus est. Sed nec haec quoque opinio latuit Paulum. Vnde priusquam antistes ille quae cogitauerat effectibus manciparet, subito praepropero cursu Paulus cum exercitu Narbonensem urbem ingrediens, insidias sui maturate praeuenit portasque ciuitatis sub delegato armatorum praesidio obserari praecepit. Vbi dum circumfusa omnis exercitus multitudo collecta est, uipereum caput perfidiae cum quibusdam sociis suis Paulus ipse in medio adstitit, obiurgans primum episcopum, cur illi ciuitatis aditum intercludere niteretur.

8. Post haec tyrannidis suae consilium proditurus, diuerso fraudis argumento fidem populorum degenerans et ad inrogandas iam fati Wambani principis iniuras animos singulorum inflammans, iurat ipse Paulus primum omnibus, illum se regem non posse habere nec in eius ultra famulatu persistere. Quin potius ait: “Caput regiminis ex uobis ipsis eligite, cui conuentus omnis multitudino cedat, et quem in nobis principari appareat”. Cui unus ex coniuratis, maligni ipsius consilii socius, Ranosindus Paulum sibi regem designat, Paulum sibi nec alterum populis regem mox futurum exoptat. At ubi idem Paulus sui consilii adcelerationem inspexit, consensionem illico propriae uoluntatis adibuit, iurare etiam sibimet omnes coegit. Post haec regnum arripuit et nefaria temeritate coniuratorum caterbam illam, quam armorum utilitate non cepit, perfidiae opere ad se traxit. Nam Ildericum, Gumildum uel Ranimirum non difficili opere suae perfidiae sociauit. Quid multa? Omnis Galliarum terra subito in seditionis arma coniurat nec solum Galliae, sed etiam pars aliqua Tarraconensis prouinciae cuturnum rebellionis adtemptat. Fit tamen tota Gallia repente conuenticulum perfidorum, perfidiae speleum, conciliabulum perditorum. Vbi dum Paulus perfidiae suae socios numerosiores efficere uellet, prolatis promissisque muneribus, Francorum Vasconumque multitudines in auxilio sui pugnaturas allegit et intra Gallias cum multitudine hostium persistit, operiens euentum gratissimi temporis, quo posset in Hispanias pugnaturus accedere praereptumque regni fastigium uindicare.

9. Illo tunc tempore, cum haec Gallias agerentur, religiosus Wamba princeps feroces Vasconum debellaturus gentes adgrediens, in partibus commorabatur Cantabriae. Vbi cum de his, quae intra Gallias gerebantur, fama se ad aures principis deduxisset, mox negotium primatibus palatii innotuit pertractandum, utrumne possent exinde in Gallias pugnaturi accedere an reuertentes ad propria, collectis undique uiribus, cum multiplici exercitu tam longinqui itineris arriperent commeatum. In quo bicipiti consilio nutantes multos princeps ipse aspiciens, hac communi admonitione alloquitur: “Ecce, ait, iubenes, exortum malum audistis et, quo se munimine incentor

seditionis huius armauerit, agnouistis. Praeuenire ergo hostem necesse est, ut ante excipiatur bello, quam in suo crescat incendio. Turpe nobis sit, aut talibus dimicaturi in occursum non ire aut domos nostras, priusquam intereant, repedare. Ignominiosum nobis uideri debet, ut, qui rebelles nostros suis non potuit subicere armis, repugnare audeat tantae gloriae uiris, et qui abiectissimam unius hominis pellem deuincere pro patriae quiete non ualuit, hostem se praebere audeat genti, quasi effeminatos et molles nos usquequaque diiudicans, qui utique nullis armis, nullis uiribus nullisque consiliis eius tyrannidi resistere ualeamus. Quae est enim perituro illi uirtus, si Francorum uiribus nobiscum decertando confligat? Notissima eorum nobis nec incerta est pugna. Ergo turpe sit nobis eorum testudinem has acies expauescere, quorum nostis infirmiorem semper esse uirtutem. Si autem coniuratione Gallorum nititur uindicare tyrannidem, uile putandum est, ut gens sta extremo terrae angulo cedat, et hii, in quibus dilatatum regnum porrigitur, horum motibus perturbentur, quos praesidiali semper uice defendunt. Siue enim Galli siue Franci sint, tantae coniurationis, si placet, uindicandum existiment facinus; nos tamen armis ultricibus gloriae nostrae nomen uindicare debemus. Neque enim cum feminis, sed cum uiris nobis certandum est, quamquam notissimum maneat nec Francos Gothis aliquando posse resistere nec Gallos sine nostris aliquid uirtutis magnae perficere. Quod si alimentorum seu uehiculorum necessitudinem opponatis, gloriosius nobis erit, postpositis cunctis triumphum in necessitatibus conquisisse quam in habundantia bella exquisita conficere. Augustior enim semper, quem plus tolerantiae uires quam suffectus rei nouilitat. Exurgite iam ad uictoriae signum, nomen disperdite perfidorum! Dum calor est animi, nulla debet esse remoratio properandi. Dum ira animos urget in hostem, nulla nos debet retardatio inpedire; quin potius, si fieri possit sine intermissione proficiscendi susceptum iter aggredi, multo facillime poterunt hostium nostrorum castra subuerti. Nam, ut quidam sapiens ait: ira praesens ualet, dilata languescit. Non igitur opus est retro uerti militem, quem impiger accessus belligerandi facit esse uictorem. Directo ergo itinere frustrare non opus est. Abhinc ergo Vasconibus cladem inlaturi accedamus, deinde ad seditiosorum nomen extinguendem protinus festinemus.”

10. Ad quod dictum incalescunt animi omnium exoptantque fieri quae iubentur, mox cum omni exercitu Vasconiae partes ingreditur, ubi per septem dies quaqua uersa per patentes campos depraedatio et hostilitas castrorum domorumque incensio tam ualide acta est, ut Vascones ipsi, animorum feritate deposita, datis obsidibus, uitam sibi dari pacemque largiri non tam precibus quam muneribus exoptarent. Vnde, acceptis obsidibus tributisque solutis, pace composita, directum iter in Gallias profecturus accedit, per Calagurrem et Oscam ciuitates transitum faciens. Dehinc, electis ducibus, in tres turmas exercitum diuidit, ita ut una pars ad Castrum Libiae, quod est Cirritaniae caput, pertenderet, secunda per Ausonensem ciuitatem Perinei media peteret, tertia per uiam publicam iuxta ora maritima graderetur. Ipse tamen religiosus princeps cum multiplici bellantium manu praecedentes subsequebatur. Sed quia insolens quorundam e nostris motio non solum praedae inhiabat, sed etiam cum incensione domorum adulterii facinus perpetrabat, tanto disciplinae uigore iam dictus princeps in his et talibus patrarum uindicabat scelus, ut grauiora in his supplicia illum putares impendere, quam si hostiliter contra illum egissent. Testantur hoc praecisa quorundam adulterorum praeputia, quibus pro fornicatione hanc ultionis inrogabat iacturam. Dicebat enim: “Ecce! iam iudicium imminet belli, et libet animam fornicari? Et credo, ad examen pugnae acceditis; uidete, ne in uestris sordibus pereatis. Nam ego, si ista non uindico, iam ligatus hinc uado. Ad hoc ergo uadam, ut iusto Dei iudicio capiar, si iniquitatem populi uidens ipse non puniam. Exemplum mihi praebere debet. Eli sacerdos ille in diuinis litteris agnitus, qui pro immanitate scelerum filios, quos increpare noluit, in bello concidisse audiuit, ipse quoque filios sequens fractis cerbicibus expirauit. Haec igitur nobis timenda sunt, et ideo, si purgati maneamus a crimine, non dubium erit, quod trumphum capiamus ex hoste”. Sub ista, ut praemissum est, disciplina iam dictus princeps exercitum gloriose producens moresque singulorum sub diuinis regulis tenens, prosperari sibi uidebat per incrementa dierum et dispositum belli et uictoriam proeliandi.

11. Prima enim ex rebellione omnium ciuitatum Barcinona in potestate principis religiosi adducitur, deinde Gerunda subicitur. Huius igitur memoratae ciuitatis uenerabili uiro Amatori episcopo Paulus idem pestifer sub isto sensu scriptam epistolam miserat: Audiui ego, quod Wamba rex cum exercitu ad nos uenire disponat, sed cor tuum ex hoc non conturbetur; neque enim hoc fieri puto. Et tamen, quem primum de nobis ambobus ibi tua sanctitas cum exercitu uiderit accedentem, ipsum se dominum credat habere et in eius debeat caritate persistere. Haec miser ipse scripsit nesciensque iustum contra se iudicium protulit. Vnde horum scriptorum uerba religiosus princeps sapienter coniciens, dixisse fertur: “Non, ait, Paulus in his scriptis suis a semet ipso loquutus est? sed licet ignoranter, tamen prophetasse illum hic censeo”. Egressus igitur post haec princeps de ciuitate Gerunda, belligerosis incursibus gradiens, ad Pirinei montis iuga peruenit. Vbi duobus diebus exercitu repausato, per tres, ut dictum est, diuisiones exercitus Pirinei montis dorsa ordinauit castraque Pirenaica, quae uocantur Caucoliberi, Vulturaria et Castrum Libiae, mirabili uictoriae triumpho cepit atque perdomuit, multa in his castris auri argentique inueniens, quae copiosis exercitibus in praedam cessit. Nam in castrum quod uocatur Clausuras, missis ante se exercitibus, per duces duos inruptio facta est. Ibi quoque Ranosindus, Hildigisius cum cetero agmine perfidorum, qui ad defensionem castri ipsius confluxerant, capiuntur sicque, deuinctis post tergum manibus, principi praesentatur. Wittimirus tamen unus ex coniuratis, qui se in Sordoniam constitutus cluserat, nostros inrupisse persentiens, statim aufugiit et tantae cladis nuntium Paulo in Narbonam perlaturus accessit. Quae res granditer tyrannum pauidum reddidit. Princeps uero religiosus, praedictorum castrorum subiugato exercitu, in plana post transitum Pirinei montis descendens, duobus tantum diebus exercitum ad unum congregaturus expectat.

12. At ubi e diuersis partibus collecta in unum exercituum multitudo percrebuit, standi mora nulla fuit; sed statim per quatuor duces lectum numerum bellatorum ad expugnationem Narbonae ante faciem suam mittit, alium exercitum destinans, qui nauali proelio bellaturus accederet. Et quidem iam erant parui admodum dies, ex quo de Narbona rebellis Paulus seruiliter fugiendo excesserat, comperto, quod tam feliciori prouentu pars religiosi principis properaret. Quam ciuitatem Paulus ipse sui iuris potestati adstipulans, multiplici perfidorum praesidio sepsit summamque proeli Wittimiro duci suo commisit. Quem quum nostrorum exercitus blanditer exortaret, ut ciuitatem sine sanguinis effusione contraderet, prorsus abnuit, obseratisque ciuitatis ipsius portis, e muro exercitum religiosi principis detestatur. In principem quoque ipsum maledicta congeminat minisque exercitum proturbare conatur. Quod nostrae partis multitudo non ferens, subita cordium accensione incanduit et telorum iactu perfidorum ora petiuit. Quid multa? inmanis ab utrisque pugna conseritur, et uice sagittarum alternatim sibimet utraeque partes obsistunt. Sed ubi a nostris desperatum est, non solum in muro pugnantes seditiosos sagittis configunt, sed tantos imbres lapidum intra urbem concutiunt, ut clamore uocum et stridore petrarum ciuitas ipsa submergi aestimaretur. Vnde ab hora fere quinta diei usque ad horam ipsius diei octauam acriter ab utrisque pugnatum est. At ubi incalescunt nostrorum animi, uictoriae dilationem ferre non potuerunt, sed ad portas propius pugnaturi accedunt. Tunc uictoriosa per Deum manu portas incendunt, muris insiliunt, ciuitatem uictores ingrediuntur, in qua sibimet seditiosos subiciunt. Vbi dum Wittimirus armata adhuc manu ecclesiam peteret, accesu nostrorum turbatus, post aram beatae uirginis Mariae se uindicaturum non reuerentia loci miser, sed ultore gladio testabatur, dextra tenens gladium et mortem minitans singulorum. Ad huius ergo insaniae tumorem protinus comprimendum unus e nostris inter ceteros reiectis armis tabulam manu arripuit et ferocissimo ictu sese ad illum direxit. At ubi tabulam acriter nisus est super eum ingenti iactu percutere, mox in terram tremebundus prosternitur protinusque capitur, ferrumque illi de manu extrahitur. Moxque uiliter tractus, pondere uinculorum arctatur uerberibusque una cum sociis, cum quibus urbem nitebatur uindicare, afficitur.

13. Post haec, deuicta subiugataque ciuitate Narbona, ad insequendum Paulum, qui se in Neumaso uindicaturus contulerat, iter dirigitur. Deinde Beterris et Agate ciuitates illico subiugantur. In Magalonensi uero urbe Gumildus loci ipsius antistes, cum ad obsidionem sui circumfusum

uideret exercitum urbemque ipsam non tam ab his, qui per terras pugnaturi accesserant, quam ab his cingi, qui nauale proelium acturi per maria commeauerant, huius rei clade perterritus, compendii uiam arripuit Neumasoque se cum Paulo socium contulit. Sed cum exercitus Hispaniae Gumildum effugisse persensit, ciuitatem mox Magalonensem non dissimili uictoria cepit. At ubi nostri directa acie Neumasensem urbem debellare contendunt, prima per quatuor duces proeliandi facies cum electo pugnatorum agmine destinata est, quorum lecta iuuentus triginta ferme milibus principem anteiret. Hii tamen nobili procursione in Neumaso, ubi Paulus cum Galliarum exercitu uel conuentu Francorum se ad dimicandum contulerat, seditiosorum praeuenientes insidias, cum nocte tota cursum festinati itineris confecissent, subito, cum uergentis diei lux orta prodiret, apparuere simul nostrurum acies, armorum pariter et animorum appartu dispositae. Quas ubi e ciuitate conspiciunt, utpote cum paucis dimicaturi, in patentes campos armis eos excepturos definiunt. Sed dolos suspicati insidiarum, eligunt potius intra urbem suis de muris bellum conficere quam extra urbem improuisos casus patentis periculi sustinere, operientes etiam ad auxilium sui aduentum gentium aliarum. Sed ubi sol refulsus est terris, consertum est bellum a nostris. Prima facies pugnae, crepitantibus tubarum sonis, saxorum nimbo conficitur. Mox enim tubarum sonus increpuit, confluentes undique nostri cum fragore uocum muros urbis petrarum ictibus petunt, misibilibus quibusque constitutos per murum spiculis sagittisque propellunt, cum tamen et illi in nostros ad resistendum multorum generum spicula iacerent. Sed quid dicam? Acrius ab utrisque pugna conficitur, aequa lance ab utrisque certatur, aequo etiam certamine proeliatur. Non a nostris, non ab illis conserto certamini ceditur. Pugnatum est igitur toto illo die sub ancipiti mucrone uictoriae.

14. Vnus de incentoribus seditionum acriter instare pugnam aspiciens, e muro nostris insultaturus, haec formans uerba commentat: “Quid hic, ait, instanter pugnantes consistitis morituri? Cur lares proprios non repetitis? An forte casum mortis ante occasum uitae uestrae excipere uultis? Quin potius praerupta petrarum quaeritis, ubi uos abscondatis, quum facies auxilii nostri paruerit. Condoluisse igitur me credite uobis, sciens euenturum rei et occursum solatii superuenturi. Mihi enim res notissima manet, quam multiplicia nobis auxilia proeliandi occurrant. Tertia ergo dies est, quod exinde properans uenio. Proinde hoc noscens, miserabilis pompae uestrae occasum contristatus expecto. Principem illum uestrum, pro quo pugnaturi uenistis, alligatum uobis ostendam, conuiciis addicam, insultatione inludam. Non igitur pro eo uobis hic expedit tam immaniter decertare, quem forsam iam constat nostrorum insidiis interisse. Et quod grauius est, dum uictoria patuerit nostra, nulla uobis erit de reliquo uenia”. Haec dicens, nostrorum animus non solum non terruit, sed acrius in proeliandi furorem accendit. Propinquantur ad murum, acrius quam coeperant in bellando consistunt acriterque consertum innouant proelium.

15. His igitur peractis per spatia totius diei, nox tandem finem proelio dedit. In ipso tamen primi feruore diei, cum adhuc nostri infatigabili uirtute in proeliando persisterent, rem mandant ad principem sibique dirigi adiutoria petunt, non mediocri prouisione saluti propriae consulentes, scilicet ne aut externae gentis dolo praeuenti aut ab his, cum quibus decertabant, defatigatis uiribus subruerent morituri. Et bene res acta est. Nam ubi princeps cognouit Paulum principem tyrannidis decertare cum nostris, nulla de reliquo mora fit. Mira ergo in ordinando celeritate per Wandemirum ducem electos de exercitu fere decem milia uiros ad auxilium pugnantibus destinauit, qui nocte tota peruigiles maturatum iter conficerent et superuentu sui non tam hostem frangere quam nostrorum animus solaturi ocius praeuenirent. Sed ubi defatigae custodum uigiliae hostem inclusum diu teneri iam quodammodo desperarent, subito missa sibi auxilia uident; illico somnus ab oculis fugit, et gratulantibus animis, receptis uiribus pugnare definitur occursus.

16. Iam soli croceum liquerat Aurora cubile, et haec stipata per murum hostilis multitudo prospiciens, uidet per serenam aciem luminum multiplices, quam pridiana die uiderat, excreuisse acies pugnatorum. Iam tunc caput ipse tyrannidis Paulus ad tantae rei uisionem in quodam prominenti speculo conscensurus occurrit. Qui mox nostrorum acies dispositas uidit, illico, ut fertur,

animo decidit, his uerbis enuntians: “Recognosco, ait, omne hoc dispositum pugnae ab aemulo meo procedere; hic ipse est nec alium puto, in suis enim eum dispositionibus recognosco”. Haec et his similia dicens, animum reuocans ad uirtutem, suos ad bellandum accendit. “Nolite, ait, pauore turbari. Haec est enim tantum Gothorum illa famosissima uirtus, quae se uenire ad superandos nos solita temeritate iactabat. Hic, hic principem, hic totum eius exercitum credite nunc adesse: nihil de reliquo est quod timeatis. Famosa siquidem uirtus eorum ante fuit et suis in defensionem et aliis gentibus in terrorem; nunc tamen omnis in illis uigor proeliandi emarcuit, omnis scientia pugnae defecit. Nullus illis bellandi mos, nulla conflictandi experientia subest. Vel si in unum conferti proelium conserant, ad definita illico euolabunt latibula, quia degeneres animi eorum pondus proelii sustinere non queunt. Quin potius haec quae dico, cum proeliari coeperitis, in meis uerbis ipsi probabitis. Nihil ergo est maius quod debeatis pauescere, quum et regem et exercitum ipsum hic uideatis adesse”. Ad haec plerique ex suis adstruebant, regem sine signis non posse procedere. Ad quod ille commentabat, ideo illum cum bandorum signis absconditis accessisse, ut intellectum suis hostibus daret, alium adhuc exercitum superesse, cum quo ipse adhuc, utpote cum multiplici quam prius uenerat manu post futurus accederet. “Sed haec dum dicit, inlusionem agit, fraudem componit, ut, quos uirtute non ualet deuincere, dolo consilii humiliet ad pauorem”.

17. Necdum haec adhuc uerba compleuerat, et ecce! subito e nostris bellorum concrepant tubae, bellumque adorsi, pridiandi diei bellandi renouant faciem. Sed illi plus in muris quam in uiribus confidentiam uincendi locantes, intra urbem positi per murum spicula iactant et rediuiua cum nostris iterum certamina innouant. Efferbuit itaque ab utraque parte in centiuum belli, sed acrius a nostris uirtus patuit proeliandi. Cum enim totis uiribus decertarent et hostem intra urbem diuerso genere armorum confoderent, plerique de externae gentis hominibus acriter uulnerati, nostrorum uirtutem pariter et constantiam admirantes, Paulum adorsi sunt: “Non illam quam dicebas in Gothis proeliandi segnitiam cernimus; multam enim in illis audaciam et uicendi constantiam uidemus. Haec quae excipimus uulnera docent inter cetera; tam ualidos iactus in hostem proiciunt, ut ante fragor ipse deterreat, quam percussio uitam extinguat.” Quorum Paulus deterritus uerbis, multiplici iam iamque desperationis iaculo frangebatur.

18. Sed dum nostri constantius dimicantes uictoriam suam recrastinari dolerent, acriori animositate insurgunt, uictos se per omnia deputantes, si cito non uincerent. Vnde fericiori quam fuerant incensione commoti, usque in horam fere diei quintam continuis proeliorum ictibus moeniam ciuitatis inlidunt, imbres lapidum cum ingenti fragore dimittunt, subposito igne portas incendunt, murorum aditibus minutis inrumpunt. Deinde ciuitatem gloriose intrantes, uiam sibi ferro aperiunt. At ubi feroces nostrorum animos sustinere non possunt, intra arenas, quae ualidiori muro, antiquioribus aedaficiis cingebantur, se muniendos includunt. Sed ubi uisum est illis quosdam e nostris insequi, qui se in praedam inuoluerant, illico praeuenti, antequam se in castro illo arenarum reciperent, iugulati sunt. Plerique tamen et nostrorum e uulgo, qui praedae inhiantes extiterant, gladii praeuentione concisi sunt, non quo patenti uirtute inter plurimos hoc patrarent, sed quasi latrocinantium more, quos claustris arenarum ob praedam propinquasse cognouerant, eo illos facilius prosternerent, quos diuisos nec duos in unum pariter inuenissent.

19. Surgit etiam noua inter seditiosos ipsos seditio, et dum suspicionem proditionis ciues ipsi uel incolae ad suorum aliquos refuderunt, gladio uindice hos in quibus suspicio uertebatur interimunt, ita ut Paulus ipse, proprium quendam e suis e suorum manibus ante se iugulari prospiciens, suum esse uernulum lamentabili uoce clamaret nec sic morituro in aliquo subueniret. Iam tamen et ipse exsanguis ac tremebundus effectus, a suis ipsis contemnitur, ut obsecrare illum potius quam imperare ceteris extimares. Nam suspectus iam et ipse ab incolis cum ceteris qui de Hispania cum illo commeauerant habebatur, ne ille ad liberationem sui traditionem eorum excogitaret, Spani uero, ne inrogata ab incolis morte transirent ad principem. Quid multa? fit intra intra urbem miserabile spectaculum proeliandi. Vtrobique cadit pestilentiosorum caterua, utrobique

prosternitur, utrobique etiam iugulatur, quando ipsi, qui nostrorum gladios effugebant, suorum gladio periebant. Repletur itaque ciuitas, permixto funere mortium, cadaueribus humanorum. Quocumque oculorum uisus excurreret, aut humanae strages aut subcisae patebant animalium greges. Compita uiarum plena cadauere, reliquum terrae concretum sanguine erat. Miserabile funus patebat in domibus, et ubi domorum abdita perlustrasses, patentes mortuos reperires. Per uias quoque urbis iacere hominum cadauera cerneres, minaci quodam uultu et ferocitate quadam immani, tamquam adhuc in ipsa bellorum acie positi; erat tamen color deformis, lurida pellis, horror inmanis, fetor intolerabilis. Quidam etiam de ipsis iacentibus mortuis, qui letalia exceperant uulnera, mortis speciem simulabant, ut mortis euaderent causam, quum tamen et uulneris iugulo et famis confecti clade nec ipsi mortem euaderent, excepto uno, cui simulare mortem uitam mercasse probatum est.

20. Sed haec et his similia Paulus, iam tyrannidis inmanitate deposita, cum magno cordis suspirio fieri deplorabat, cum nec hosti resistere nec suis posset ullo modo subuenire. Accesit tamen ad eum, insultaturus illi, uir quidam, e sua ortus familia: “Quid hic, ait, adsistis? Vbi sunt consiliarii tui, qui te ad istud perduxerunt calamitatis Iudibrium? Quid tibi profuit contra tuos insurgere, cum nec tibi nec tuis nunc ualeas in tanta mortis clade prodesse?” Haec dicens insultabat illi, non tam conuiciandi uoto quam amaritudinis prouocatus studio. Sed cum ab illo blandis hortaretur sermonibus, ut dolori eius parceret et confusioni confusionem non adderet, tandem et ipse a gradibus marmoreis, consistens in quibus ista illi insultaturus aduenerat, descensum concitum fecit, sicque in oculis ipsius Pauli circumuentus a suis iugulatus obcubuit. Quibus Paulus: “Quid huic quaeritis? aiebat. Meus est, inquit, non pereat”. Et ut reseruaretur, frequenti uocum lamentatione orabat; sed iam comtemptui habitus, quasi et ipse continuo moriturus, audiri non poterat. Tunc omnimoda desperatione permotus, regalia indumenta, quae tyrannidis ambitione potius quam ordine praeeunte perceperat, tabefactus desposuit, miro occultoque Dei iudicio id agente, ut eodem die perceptum tyrannus regnum deponeret quo religiosus princeps regnandi sceptrum a Domino percepisset. Erat enim dies illa Kalendarum Septembrium, in qua principem nostrum pridem constabat regale adsumpsisse fastigium. Haec ergo est dies, in qua, reuoluti anni orbita redeunte, inruptio patuit urbis. In hac praerupta a tyranno regalis deponitur uestis, in hac sanguinea infertur ultio inimicis.

21. Tertia igitur post haec iam dies aduenerat, quum Paulus ipse post noctis alta suspiria ultimum sui funus expectat. Facto enim mane cum his, quos adseclas perditionis suae habuerat, uerbum habere coepit, ut aut uale sibi ultimum dicerent aut, si possent, saluti suae adhuc in aliquo consulerent. Tunc Argebadus Narbonensis ecclesiae praesul communi consilio ad principem mittitur, qui uitam rogaret, qui offensis ueniam precaretur. Nam, oblatis Deo hostiis, iam in ipsis uestimentis quidam dominici corporis et sanguinis gratiam communionis sanctae perceperant, in quibus non tam mortis extrema damna exciperent, quam insepultos se obuolui curarent, quippe quibus sepultura pro merito negaretur, si suae patrationis exciperent iugulum. Iam Argebadus antistes rogatus ueniam ab eis exierat. Et ecce! progressum celerem principis cum inextimabili agmine pugnatorum quarto fere ab urbe miliario uidens, occursurus eidem principi de equo desiliuit, humo prosternitur, ueniam deprecatur. In cuius occursu princeps equum paulisper tenuit et, ut erat misericordiae uisceribus affluens, et ipse inlacrimans, sublebari episcopum a terra praecepit. Qui uir rursum erectus, lacrimarum singultibus interclusus, lamentabili uoce aiebat: “Heu! peccauimus in caelum et coram te, sacratissime princeps. Non sumus digni, quibus euentus pietatis tuae occurrat, quibus uenia conlata subueniat, qui et promissam tibi maculauimus fidem et in tanto prolapsionis deuoluti sumus scelere. Parcat, oro, tua pietas cito, ne gladius uindex reliquias nostrorum semineces extinguat, ne plus quam coepit mucro animas petat. Iube iam exercitum cessare a sanguine, ciues ciuibus parcere. Paruissimi quidem euasimus gladio, sed pro paruis uenia deprecatur. Parce ergo nostris reliquiis, ut, quia iam in ceteros nostrorum emanauit iugulum mortis, saltim remaneant,

quibus miserearis. Si enim prohibere cito nolueris caedam, nec ipsi quidem incolae remanebunt ad urbis tuitionem.”

22. His dictis commotus religiosus princeps in lacrimis, non fuit inexorabilis, quippe qui alto quodam cordis sui arcano sciret, sibi totum perire, quicquid dicebatur perisse, si precanti ueniam non praestitisset. Haec igitur princeps inprecanti uiro uerba respondit: “Certum tene, ait, quod dixero. Victus precibus tuis, dono tibi animas quas petisti. Non illas ultore gladio perdam; non hodie cuiusquam sanguinem fundam nec quandoque uitam extinguam, quamquam talium offensa impunita non transeat”. Cui uenerabilis uir diutine insistebat, ut, quorum sibi uitam donasset, nullam in his iacturam ultionis exerceret. Sed princeps mox percito furore inclementior redditus: “Iam ne, ait, alias atque alias conditiones mihi imponatis, quum uitam uobis donasse sit satis. Tibi ergo soli me ex toto pepercisse sufficiat, pro reliquis uero nihil horum promitto”. Ex hoc indignans quadam animi succensione efferbuit et concita progressione triumpho potiturus uictoriae properabat, excursus legationum ante se destinans, ut nostri tamdiu a bello abstinerent, quamdiu omne robur exercitus cum principe ad capienda interiora urbis accederet.

23. Festinato tandem profectionis itinere, peruenit princeps ad urbem cum terribilis pompae et exercituum admiratione. Erant enim ibi bellorum signa terrentia. Cumque sol refulsisset in clipeis, gemino terra ipsa lumine coruscabat; ipsa quoque radiantia arma fulgorem solis solito plus augebant. Sed quid dicam? Quae ibi fuerit exercituum pompae, quis decor armorum, quae species iuuenum, quae consensio animorum, explicare quis poterit? Vbi diuina protectio euidentis signi ostensione monstrata est. Visum est enim, ut fertur, cuidam externae gentis homini angelorum excubiis protectus religiosi principis exercitus esse angelosque ipsos super castra ipsius exercitus uolitatione suae protectionis signa portendere. Sed paulisper haec et talia sub silentio relinquentes, suscepti operis ordinem exequamur.

24. Cum enim congregatum in unum iam princeps sensisset exercitum, eminus ab urbe fere uno stadio positus, incredibili animi accensione permotus, disponit duces, subtexit plebes, diuidit acies, quibus modis pugnam conficerent, instruebat, prius tamen disposita, ut pridem fuerat, uirorum fortium acie per iuga montium et ora maritima, quae partibus Franciae coniuunguntur, ut libera et expedita bellantium manus eo tutius decertandi praecepta perficeret, quod nihil aduersum ab externis gentibus persensisset. Tunc electos quosque de ducibus mittit, qui et uiribus et animis praestantiores essent, ut Paulum ceterosque incentores seditionum eius a cauernis arenarum abstraherent, in quibus se mortem fugientes absconderant. Nec mora, cum iussa factis explerent, extrahitur subito Paulus ipse cum suis de abditis arenarum, sicque per murum depositus uiliter contrectatur. Dein omnis illa insolens multitudo Galliarum atque Francorum, quae hinc inde contra nostros pugnatura confluxerat, cum inmensis thesauris capta est et detenta. Cumque caterua illa perfida cum rege suo capta iam in uno consisterent, dextra laeuaque adstante exercitu, duo e ducibus nostris equis insidentes, protensis manibus hinc inde Paulum in medio sui constitutum, innexas capillis eius manus, tenentes, pedisequa illum profectione oblaturum principi deferunt.

25. Quo uiso princeps, protensis cum lacrimis ad caelum manibus, ait: “Te, Deus, conlaudo, regem omnium regum, qui humiliasti sicut uulneratum superbum et in uirtute brachii tui conteruisti aduersarios meos”. Haec et his similia fletibus interclusus princeps agebat. Sed mox tyrannus idem erectis oculis faciem principis uidit, statim se humo prostrauit sibique cingulum soluit, iam quidem exanimis et nimio pauore turbatus, quid sibi accideret, non adtendens. Spectabile quiddam oculis erat, quomodo de tam sublimi, licet praerepti ordinis culmine in hac subita humiliatione et plena iam contumelia uenisset. Cernere erat magnum aliquid, quam facile fuerat ipsa mutatio: tam cito uideres deiectum, quem pridem audieras gloriosum, et quem praeterita dies adhuc regem tenuerat, tam praecipiti lapsu concideret in ruinam. Impleta satis plene est in isto prophetalis illa sententia: Vidi, inquit, impium superexaltatum et eleuatum super cedros Libani. Et transiui, et ecce! non erat:

et quaesiui eum, et non est inuentus locus eius. Quid multa? Cum iam ante equum principis Paulus ipse uel ceteri huiusmodae factionis capti producti consisterent: “Cur in tanto, ait, malo uesaniae prorupistis, ut pro bonis mala mihi responderetis? Sed quid immorabor? Ite et stote sub custodiis deputati, quousque censura de uobis agitetur iudicii. Vivere enim uobis donabo, etiamsi non mereamini”. Tunc diuisos per exercitum omnes deputatis sollicitis custodibus tradidit. Francorum tamen quique capti essent, digne tractari iubentur. Erant enim aliqui eorum nobilissimis parentibus geniti pro obsidibus dati ceteri uero aliqui ex Francis, aliqui ex Saxonibus erant, quos omnes in unum munificentia regali onustus post decimam octabamque diem qua capti fuerant remittit ad propria, non debere dicens uictorem inclementem uictis existere.

26. Primo quippe die pridie Kalendarum Septembrium contra Neumasensem urbem a nostris initum est bellum. Sequenti die Kalendarum Septembrium ciuitatis ipsius inruptio facta est. Tertio quoque die, quod fuit quarto Nonarum Septembrium, Paulus tyrannus celebri captus detentione deuincitur. Sed post haec religiosi principis animus de reparatione inruptae urbis sollicitus statim murorum caua reformat, incensas portas renouat, insepultis tumulum praestat, incolis ablatam praedam restituens et exulcerata quaeque publico aerario fouens. Iubet tamen thesauri omnem quam ceperant copiam diligentiori seruare custodia, non auaritiae quaestu inlectus, sed amore diuino prouocatus, scilicet ut res sacratae. Deo facilius possent secernere et cultibus diuinis restitui. Cumulauerat enim nefandissimus ipse Paulus peccato peccatum, dum tyrannidi adiungeret sacrilegium. Nam, ut quidam sapiens dicit: nisi sacris ecclesiis intulisset spolium, non esset, unde suum floreret aerarium. Vnde factum est, ut uasa argenti quam plurima de thesauris dominicis rapta et coronam illam auream, quam diuae memoriae Reccaredus princeps ad corpus beatissimi Felicis obtulerat, quam idem Paulus insano capiti suo imponere ausus est, tota haec in unum collecta studiosius ordinaret secernere et deuotissime, prout competebat ecclesiae, intenderet reformare.

27. Tertia iam post uictoriam uictoribus aduenerat dies, et Paulus ipse onustus ferro cum ceteris cosedenti in throno principi exibetur. Tunc antiquorum more curba spina dorsi uestigiis regalibus sua colla submittit, deinde coram exercitibus cunctis adiudicatur cum ceteris, quum uniuersorum iudicio et mortem exciperent, qui mortem principi praeparassent. Sed nulla mortis super eos inlata sententia, decaluationis tantum, ut praecipitur, sustinuere uindictam. Ferebatur tamen quorundam opinio, Francos quantotius ad ereptionem capti occurrere. Sed princeps occasionem cum Francis proeliandi operiens, nec solum istius causae, sed et praeteritas gentis suae cupiens uindicare iniurias, sustinebat, quotidie animo forti expectans occursum illorum, cum quibus decertari modis omnibus parabatur. Sed cum nullus e Francis ad bellandum accederet, ipse potius illis se occursurum deuouerat, nisi maturato sui cordis suorumque optimatum reuocaretur consilio, ne disrupta pactionis inter utramque gentem promissio inpetendi sanguinis esset occasio. Sed cum contra hos, ut dictum est, bellum conficere moliretur, iam quarta dies effluxerat, ex quo et Paulum ceperat et aduersae gentis occursum nihilominus sustinebat. Sed nulla hostis praesumptio, nullus euentus, nulla prorsus hostilis conuentio monstrabatur, quippe quum et Franciae munitissimae urbes iam ultimum sui, ut ferebatur, excidium deplorarent et ciues quique earum, ne a nostris praeuenirentur, relictis urbibus, longe lateque incertis sedibus uagarentur, latebrosis scilicet uitam compendiis munientes. Nam et religiosus princeps eminus a Neumasense urbe in plana cum exercitu consistebat. Illic castra posuit miraque celeritate muro firmissimo circumdedit. Vbi cum aduentum hostium sustineret, subito praecurrenti nuntio audit, unum e ducibus Franciae nomine Lupum in Beterrensi territorio hostiliter accessise. Vnde quinta iam, postquam Paulum ceperat, die de Nemausensi urbe egressus, concita uelocitate cum exercitu properans, delatas inimici nisus est praeuenire insidias. Sed Lupus ipse iuxta uillam cui Asperiano uocabulum fertur regressum principis audiens, ita terrificatus aufugiit, ut exercitus duci et dux exercitui uideretur deesse. Non enim fugiendo uel ipse suos sustinuit, uel sui eum potuerunt ullo modo adsequi, quippe quorum ita pauore dissoluta fuerant corda, ut non tam dispersis uiarum aditibus quam montium praeruptis elapsi pariter et currentes, utpote iam gladios suis imminere ceruicibus cernerent, de compendio

fugae uitam se lucrasse monstrarent, multas scilicet praedas in hac turbatione nostris exercitibus relinquentes, tam de hominibus qui eos sequi non poterant quam etiam de iumentis siue substantiis, quae multipliciter et plaustris sibi adduxerant suffectura. Et utique iam lecta bellantium manus, a principe destinata, poterat eos belligerosis incursibus adesqui; sed tam sordida illorum extitit fuga, etiam tam citata finium suorum occurrerunt latibula, ut, quo fugierint, quo laterent atque consisterent, nullo omnino censerentur uestigio relinquisse.

28. Vnde comperto princeps, quod Lupum cum ceteris inuenire non posset, placida progressione Narbonam contendens, urbem uictor ingreditur. Ibi disrupta quaeque Narbonensis prouinciae, exessa atque depasta, quae eidem terrae magnis febribus hanelanti depraedatione nostrorum et incursione appulsa sunt, munere placata, dispositione reformat, consiliis instruit; statum quoque rerum mira pace componit. Lecta illic praesidia bellatorum dimittit, radices ab ea omnis rebellionis detersit, Iudaeos abegit, clementiores urbibus rectores instituit, per quos utique tanti mali placaretur offensa et constuprata tantis sordibus terra, nouo iudiciorum baptismate depurgata, remitteretur ad ueniam. Nam in eo, quod erecta Galliarum terra solito superbiae fastus cuturno sese adtollerat, ita inclementiori depraedatione detrita est et erasa nummis atque depasta substantiis, ut merito per hoc credatur, quidquid rubiginis seu nequitiarum contraxerat, caruisse.

29. Exhaustis dehinc princeps Gallis atque edomitis, securus directo ad Hispaniam itinere commeauit, nullos post se Gallorum motus formidans, nullas etiam Francorum pertimescens insidias, certo sciens neminem esse, qui aut de suis pugnas aut de externis gentibus patraret insidias. Tanta enim uirtute animi atque constantia circumpositas barbarorum gentes non solum non extimuit, sed contempsit, ut etiam adhuc intra Gallias positus in locum qui Canaba nuncupatur cuncto exercitui quod feliciter exissent relatione gratifica satisfaceret omnesque ab eo statim loco absolueret. Ipse quoque Helenam perueniens, duorum ibi dierum immoratione detentus est. Sicque exinde profectus, secundis potitus successibus, Hispaniam rediit sedemque sui solii sexto postquam inde commigrauerat mense repetiit. Et tamen, sub quo celebri triumpho regiam urbem intrauerit, de inimicis exultans, explicare necesse est, ut, sicut ingentis eius gloriae signum saecula sequutura clamabunt, ita seditiosorum ignominia non excidat a memoria futurorum.

30. Etenim quarto fere ab urbe regia miliario Paulus princeps tyrannidis uel ceteri incentores seditionum eius, decaluatis capitibus, abrasis barbis pedibusque nudatis, subsqualentibus ueste uel habitu induti, camelorum uehiculis imponuntur. Rex ipse perditionis praeibat in capite, omni confusionis ignominia dignus et picea ex coreis laurea coronatus. Sequebatur deinde hunc regem suum longa deductione ordo suorum dispositus ministrorum, eisdem omnes quibus relatum est uehiculis insedentes eisdemque inlusionibus acti, hinc inde adstantibus populis, urbem intrantes. Nec enim ista sine dispensatione isuti iudicii Dei eisdem accessisse credendum est, scilicet ut alta ac sublimia confusionis eorum fastigia uehiculorum edoceret sessio prae omnibus subiecta, et qui ultra humanum morem astu mentis excelsa petierant, excelsiores luerent conscensionis suae iniuriam. Sint ergo haec insequuturis reposita saeculis, probis ad uotum, improbis ad exemplum, fidelibus ad gaudium, infidis ad tormentum, ut utraque pars in contuitu quodam sese lectionis huius inspiciens, et quae rectis semitis graditur, prolapsionis casus effugiat, et quae iam cecidit, in horum se hic semper proscriptionibus recognoscat.

Finit de Paulo Storia

Incipit insultatio vilis storici in tyradinnem Galliae.

1. Libet tuis, Gallia, erroribus insultare victores, quibus tantae prolapsionis cladem, misera, pertulisti. Ubi est illa libertas tua, in qua male libera de erecto tibi fastus supercilio adplaudebas? Ubi elatae voces, quibus Spanorume vires molliores esse tuis feminis detractabas? Ubi motus illi tumentes, quibus cervicum ratione Spanorum consortia respuebas? Ubi spansa oris tui fastigia, quae de incertis saepe divitiis tumescebas? Ubi elata colla atque consilia, quae suorum semper ducum regimina spreberuntm? Quid futurum esse putabas, quumn tuis te operibus ipsa confoderes, manibus lacerares, consiliis everteres, fraudibus addicares? Tuis enim operibus iaculata es, quando criminibus crimen addebas, negotiorum fraude implicata, prostibulis dedita, periuriis mancipata, quae Iudaeorum potius quam fidelium Christi amicitiis incubabas. Sic enim adulterii tenens legem, honestum putabas omne quod feceras: inter scortorum greges more pecudum lascivire, inter epulas amicos perimere, innocentes animas iugulare. Simulabas enim te advenientibus grata, quumque virum quempiam cum coniuge et liberis hospitio recepisses, inter vina sanguinem propinabas; iugulando virum, filios abnecandou suprestitem matrem adsumebas in pelicatus tui ludibrio.

2. Nec tamen ista faciens tanti immanitate facinoris contremescis, sed super haec omnia Iudaeorum consortiis animaris, quorum etiam infidelitatem, si libens adtendis, iam in tuis transisse filiis recognoscis, dum hii, qui in te christianitatis titulo praefulgebant, ad Hebraeorum probati sunt transisse perfidiam; eorum enim te semper iudiciis committebas, quorum iam a Deo reprobata corda cognoveras. Et qualiter Iudaeorum a te poterant infausta venerari sacraria, in quibus tam instanter salutis tuae conlocaveras curam? Agnosce, misera, agnosce quid feceris! Sufficiat tibi inter febres amisisse memoriam. Nunc iam, depulsa febrium labe, nutricem te scandali recognosce, fomitem mali, matrem blasfemantium, novercam infidelium, negotiorum privignam, prostibulorum materiam, proditionis speleum, fontem perfidiae, animarum interemptricem.

3. Haec enim tota ex tuis uberibus promanasse non sufficit; nam insuper ne tantae calamitatis flagitio aliquid videretur deesse, regem habens, alium tibi regem statuis, astu, non ordine, fraudibus, non virtute. Quae enim ex feminis aliquando reperta est, quae virum habens, alterius viri consortia sine sui periculo concupiscat? Tu sola tuum postponis periculo et, perfidare non metuens, perfidiae tibi subornas sceptrum. Quis ista quae dicta sunt fecit? In quibus hoc primum terris famosum malum apparuit, nisi inter media uberum tuorum? Admirandus est ergo uterus mentis tuae, quae sub tanta criminum conceptione non crepuit, sed tanta admiratione concepit dolorem, ut tantam his nostris temporibus dolorum pepererit ubertatem.

4. Quod si asseras aliunde venisse, quod ipsa susceperis, audi, an tuis an ib aliorum sit patratum consiliis; conceptione tamen fetus tui, negare non poteris. Si enim aliunde hoc accepisti, quare fovisti ac non potius ut membrum putridum a tuis finibus repulisti? Si autem tu genuisti, quare genita monstruosa, priusquam adolescerent, non secasti? An non potius mulieres idoneas monstra ex se genita abnecasse, virtutis erit indicium; criminis quidem, si ordinatos fetus perimerent, ordinis, si informes necarent? Quod si causeris, non potuisse te virtuti eius resistere vel concepto fetui repugnare, ubi sunt illa oris tui superba fastigia, ubi tumentes voces, ubi elati motus, superciliosus incessus, verborum ille cothurnus, quibus non tam partem Spaniae, sed totam Spaniam uni pugillo tuo ad resistendum nullo modo suffecturam esse censebas et verbis tonantibus insonabas? Hinc ergo nullis te iustis vocibus excusabas, quum, etiamsi armis non posses, fide potius armata persisteres et necem ultimam inter infidelium procellas fidelior sustineres. Devoveras enim tuam voluntarie religioso principi fidem, sub divini nominis pollicitatione spondens, ut hostem te suis hostibus exhiberes et cum adversariis salutis eius usque ad effusionem sanguinis decertares.

5. Dic ergo, quis tuorum pro fide recta occubuit, quis de tuis fidem conservando peremptus est, quis tuorum occisurum se pro veritate exibuit, quis etiam perempturum se pro fide optavit?

Nemo tuorum fuit, apud quem pretiosior esset anima uncti sui; sic infida in promisso, facilis in periurio exortum in te infidelitatis ignem non solum non perimis, sed accendis, nec verbis tantum, sed et operibus foves. Sed haec sunt illa tui moris signa victricia, ut hostem non ferias, civem occidas, melius forte tibi definiens civem bello quam hostem excipere, quippe cui vires semper fuerint socios potius quam adversarios enecare. Quum nec hoc armis, sed dolis potius et fraudibus agas, plus timenda sunt venena tua quam arma; plures enim fellis tui antidoto quam armorum iaculis confodisti.

6. Neque enim in campo tua aliquando directa contra hostem certamina vidimus, quum tamen intra domum venena tui pectoris senserimus. Vidimus, vidimus praeparatas acies tuas, sed pro iugulo civium, non pro necibus externorum. Quomodo tantae crudelitatis nube crassaris, ut liberatoribus necem, defensoribus praepararesd ultionem? Quid tibi opus fuit fortiores provocare ad bellum, validioribus praeparare excidium? Sed ista non immerito agis, quippe quae frenesim passa, quibus te audeas exequari, non sentias. Solent enim frenetici tunc se robustiores viribus extimare, quando iam in ultimo defectu videtur natura ipsa consistere; sed haec et talia faciunt, non vitali sensu permoti, sed mortali dissolutione iam tabidi. Tu ergo si, post frenesim memoriam recepisti, recordari te convenit, quibus inter febres vocibus perestrepebas vel quos habendos nescia despectui iudicabas.

7. Nam ecce! Spanorum exercitus post acerbissimas febres, quibus sensum amiseras, maturate tibi occurrit nec tamen totus, sed quadam sui extrema parte collectus, vires tuas usquequaque perdomuit, colla subegit, tumentia ora contrivit, et quid valeas quidve non valeas, melius suis gladiis quam tuis vocibus adprobavit. Quid ergo, misera, victoribus dicis, quae tam miserabilis iaces sub victorum mucrone devicta? Ecce! Spanorum exercitus cum ordinato principe suo te valenter edomuit, spoliis detrivit, servituti addixit. Sed nolo hunc diu super te inclementiorem fuisse causeris, cuius tam citatis beneficiis revestiris. Quum enim iusta tibi servitus pro merito deberetur, ut vere sanum caput languenti membro compatiens, redactae tibi in servitutem libertatis hostiam donans et veteres perfidiae tuae notas clementiori manu obliterans, ante te elegit suae sociam dignitati, quam tu paenitendo ablueres maculas quas fecisti, scilicet ut, quia impia temeritate libertatis perdideras titulum, testimonium reciperes gloriosum.

8. Sed quid mirum, ut haec tibi non merenti praestiterit, qui pridem tuis periculis socium se semper exhibuit et in tua expugnatione se potius expugnandum immisit? Admirandus est ergo alternantium iste partium ordo, quanta in te crudelitas, quanta in Spanis pietas fuerit. Illi tibi pacem, tu illis dolos, illi defensionem, tu peremptionem excogitas. Illi semper ad liberationem tui cum armato tibi currebant exercitu; tu ad eversionem illorum gladios incitas externorum. Illi hostem repellendum a te aut vi aut astu definiunt; tu utroque compendio agens, et fraudibus propriis et viribus alienis contra Spanorum exercitum venis. Illi semper defensionem tui quamquam periculo sui quaerebant; tu econtra non sine perditione tuim eversionis contra illos praeparas munimenta. Illi salutem tuam, et ubi forsam armis non currebant, pretiis emebant; tu necem illorum, quam armis patrare non poteras, muneribus definis comparandam. Quando enim illi aut in tuis plagis alacres facti aut in tuis mortibus aliquando laetati sunt? Quin potius, si perlata nuntiorum fama aut ab hoste obsessam aut hostium incursatione te detritam edixit, armata illico ad defensationem tui Spanorum manus se citatam exhibuit et propria postponendo pericula cum hostibus tuis confligebat. Nec enim tot interiacentibus terris duros quosque se causabatur pertulisse labores, dummodo tu statum pacis utcumque reciperes. Ecce! iam notum est, quantus in Spanos affectus pietatis processit, quantus in te crudelitatis turbo efferbuit. Nam Spanos, quos despectui deputabas, et victores et miseratores tui experta es; filii autem tui, qui ex te viperina nativitate sunt proditi, quid tibi nisi famem, luem aut gladium adtulerunt? Hucusque igitur tibi insultasse sit utile, et forsam ad emolumentum salutis tibi proficiet, quidquid asperiori proclamatum est verbere, ut verborum ista asperitas correptionis tuae sit potius causa quam desperationis strofa.

9. Restat ergo nunc, ut flebili te lamentatione intendas, quanto sis pallore detrita, quanta macie decolorata, ut, sub isto te semper humilitatis contuitu agens, sic de praeteritis fornicationibus erubescas, ne in cicatricum locum sanies recrudescat, ne ulcus in sanata iam plaga appareat, ne vitiatus pulmo tumidum aliquid vel superbum emittat; sed, restauratis omnibus ad statum salutis, et insultasse tibi sit utile et suasisse perdocile, ut de reliquo et sanus in te vigor memoriam teneat, et memoria ipsa iam sanior reddita, motus in te omnes elati cordis abscidat. Quodsi et insultantes et suadentes protervis, ut consueta es, motibus abnuis, illis te postremo versibus insultando conveniam, quibus quidam sapiens morti insultasse convincitur. Dicam ergo:

Iam si nec lacrimis cedis nec carmina sentis,
Sint tibi pro gladio quae tibi verba loquor.
Ipse tuos damnet morsus et tartara vincat,
Qui vicit mundum per crucis exilium.

Explicit insultatio vilis provinciae Galliae. Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum.

1. Perfidorum denotata transgressio ideo debetur acrius percuti, quo inlicitis videtur ausibus perpetrari. Habeant ergo confusionis propriae signum, quibus contingit fidei violare promissuui. Reportent nomen proditionis in posteros, quos indulgentia principalis fecit esse ingratos. Renotentur inter cuneos perfidorum, qui genti suae paraverunt excidium, ut reportent in progenies saeculorum titulos infamiae suae, qui eversores facti sunt patriae; quibus ex clementia princeps dederit vivere, effossionem luminum non evadant, qui patriae gloriam minuentes proditionis notam incurrerant. Nam ecce! prodidit sese in apertum campum infausta perfidia, quae nefandorum societatem cruentis sibimet amplexibus socians commovit ad scandalum cives, ad suorum perniciem plebes, ad eversionem patriae gentes, ad interitum principis non solum proprias, sed externarum plebium nationes. Testis est horum quae dicimus terra, quae ipsorum est exterminatione detrita; teste etiam caelum, sub quo nobis est a Deo adtributum triumphale vexillum. Spontaneum enim promissionis foedus inrumpit novumque sponsionis iusiurandum constituit, quo, voluntaria fidei promissione discissa, electum a Deo regem nostrum abiceret et maturatam illi vel patriae perniciem exiberet. Nam novo ritu periurii non solum suam, sed et multorum animas populorum decepit, ita ut in his illud prophetale vaticinium impleretur, quod dicitur: “Cadent in retia principes eorum a furore irae Dei, et erit subsanatio eorum in omnem terram”, necnon et illud, quod Esaias in talium narrat excessionibus, dicens: “Inventi sunt in populo meo impii insidiantes quasi aucupes, laqueos ponentes et pedicas ad capiendos viros. Sicut decipula plena avibus, sic domus eorum plena dolo.”

2. Et haec quidem necessario praemissisb sufficiant. Nam cum nefandis simum Paulum serenissimus dominus noster Wamba rex ad vindicationem Galliae destinaret, et ut dissidentes quosdam ad fidem suae gloriae matura dispositione colligeret, subito iniunctum sibimet negotium in contrarium mutans, non solum dissidentibus in fide persistendo non obstitit, sed etiam ipse dissidentia sui plurimos infideles effecit. In tyrannidem enim contra praedictum principem, gentem et patriam vertens, spoliavit se primum a fide promissa et, textrinii sui ordiens telam, induit se periurii maculam. Deinde in gloriosum principem maledicta coniectat et multimoda detractionum atque iniuriarum de eo protestatur convicia. Post haec, quod nefas est dici, regnum contra Dei voluntatem arripuit et populos in hac nefaria electione sibimet iurare coegit, quo et contra fidem redditam agerent et necem vel deiectionem principi exhiberent, hunc praecipue ordinem in ipsa perversarum conditionum series servans, ut gloriosum domnum nostrum Wambanem principem infaustum regem nominare auderet. Quod nomen utique iuxta interpretationem sui infelicem significat esse. Qui tamen adhuc in super tyrannicae sortis apice provocatus, provinciam omnem

Galliae et partem aliquam Tarraconensis provinciae tumultuoso sui iuris imperio subdens, speciales omnium munitiones per singulas quasque civitates constituit defensoresque in eas proprios ordinavit.

3. Huius rei nefariae temeritate compulsi sumus arma arripere, et tot interiacentibus terris, nefandorum perfidiam insectare. Unde et ad horum coniuratorum tyrannidem protinus extinguendam in Tarraconensem provinciam et in Gallias pugnantes accessimus et, divina nobiscum comitante manu, ad ipsas usque civitates atque castella venientes, hos ipsos satellites defensoresque civitatum castrorumque feliciter cepimus. Nam primum ad Barcinonam cum exercitu accedentes, Euredum, Pompedium, Guntefredum, Hunulfum diaconum et Neufredum, eandem vindicantes civitatem, comprehendimus. Deinde ad Clausuras pervenientes, castra ipsa, disposito exercitu per iuga Pirenei montis, intravimus et vindicatores eorundem castrorum conprehendimus, id est Ranosindum, Hildegisum, Heliam, Carmenum, Maureconem, Wandemirum, Dagarum, Cixanem et Liubilanem. Hoc etiam more belligerosis incursibus properantes, per divisiones exercituum comprehendimus in castro Caucoliberi Leufredum et Guidrigildum atque praedictorum coniuges. Castrum quoque Libiae, quod est caput Cirritaniae, simili ordine properantes ingressi sumus, quem Iacintus episcopus cum Arangisclo, in una concordantes perfidia, post iure Pauli perfidi vindicabant. Sed quia idem Iacintus eundem castrum Libiae vindicare non potuit, nec ipse Deo fautore manus nostras evasit. Quorum omnium comprehensionem sive ingressum Galliae cum idem Paulus perfidus per fugam Francorum, quos ad vindicandas Clausuras direxerat, comperisset, relicta et ipse ilico civitatem Narbonam fugae se praesidio dedit; ubi etiam conservatores civitatis ipsius reliquit Ranimirum pseudoepiscopum, Witimirum, Argemundum et Gultricianem primiclerium. Qui etiam Ranimirus, viso exercitu, antequam civitas ipsa expugnaretur, fugam appetiit; sed mox in Beterrensi territorio comprehensus nostras non effugiit manus. Unde cum praedictos Witimirum et Argemundum laicos sive Gultricianem primiclerium, Narbonam vindicantes et contra nos acriter dimicantes, cepissemus, Agaten civitatem imperio gloriosi nostri domni subegimus, comprehendentes in ea Wilesindum episcopum, Arangisclum et Ranosindum, germanum Wilesindi episcopi.

4. Cumque post haec, divinis iudiciis adiuvantibus, ad expugnandam Magalonensem civitatem accederemus, simul duorum exercituum nabale et terrenum Gumildus episcopus cum praevidisset, statim eandem civitatem reliquit, et fugam appetens, Nemauso se cum Paulo perfido contulit. Cumque hanc ipsam Magalonensem civitatem defensoresque eius gloriosius cepissemus, statim usque in Nemausum post perfidum Paulum sociosque suos pugnaturi pervenimus. Ibi se idem Paulus, non solum suorum perfidorum fretus audacia, sed etiam et Francorum auxilio munitus, ad dimicandum contulerat. Quo in loco instantissime pugnans et in perfidiae temeritate perdurans, tandem divinis iudiciis nostrisque armis, eadem civitate inrupta, victus captusque detentus est Paulus. Eius etiam socios commemorari necesse est, quos et expugnantes contra nos in eadem civitate dure pertulimus, et qui tamdiu eius perfidiae instantissime adhaeserunt, quamdiu cum ipso nefandissimo caperentur, id est Gumildus episcopus, Frugiselus, Flodarius, Wistrimirus, Ranemundus, Andosindus, Adulfus, Maximus, Ioannes clerum, Avarnus, Aquilinus, Odofredus, Iberius, Ioannes, Mosamius, Amingus, Wazimar, Cuniericus, Trasericus, Trasemirus, Bera, Ebrulfus, Recaulfus, Cottila, Guldramirus, Liuba, Ranila et Ildericellus, excepta vulgi multitudine vel Francorum, quae multiplex in eadem civitate comprehensa est.

5. Hic igitur sceleratissimus Paulus, dam, convocatis adunatisque omnibus nobis, id est senioribus cunctis palatii, gardingis omnibus omnique palatino officio, seu etiam adstante exercitu universo, in conspectu gloriosi nostri domni cum praedictis sociis suis iudicandus adsisteret, sic praedictus princeps sub praemissa coniurationis interpositione eum adlocutus est, dicens: “Coniuro te per nomen omnipotentis Dei, ut in hoc conventu fratrum meorum contendas mecum iudicio, si

aut te in aliquo laesi aut occasione qualibet malitiae tibi nutrivi, per quod excitatus hanc tyrannidem sumeres vel huius regni apicem suscipere attemptares.”

6. Mox idem nefandissimus Paulus voce clara testatus est, dicens: “Per Deum, quia neque ab gloria tua laesum me esse sensi neque a vobis malid aliquid pertuli, sed tantum boni in me impertire iussisti, quod percipere omnino non merui. Ego tamen diaboli instinctu provocatus id feci”. Similiter iam dicti socii sui quaesiti sunt, et omnes similiter responderunt. Unde prolatae sunt conditiones, ubi spontanea promissione in electione gloriosi domni nostri Wambani regis ipse nefandissimus Paulus vel socii sui una pariter nobiscum consenserunt eta inviolabiliter se ei vel patriae fidem observaturos sub divini numinis sponsione testati sunt, quas etiam manus suae subscriptionibus notaverunt. Quibus conditionibus reseratis atque perlectis, ad confusionem perfidiae ipsorum subscriptio manus eorum in ipsis conditionibus eis aspicienda ostenditur. Post haec aliae conditiones, ad quas ipse perfidus Paulus populum sibi iurare fecerat, relectae sunt, in quibus iste impietatis et crudelitatis ordo servatus est, ubi ipsi Paulo omnes socii sui sub isto ordine iuraverunt, ut et fideles illi essent et unanimiter cum eodem contra gloriosum domnum nostrum Wambanem regem pugnarent atque in deiectionemm eius vel periculum usque ad effusionem sanguinis dimicarent vel contra eos, qui eundem domnum nostrum defendere voluissent: infaustum regem iam dictum, gloriosum domnum nostrum Wambauem regem, ut supra praemissum est, in ipsis conditionibus nominantes, et cetera detestanda, quae in ipsis conditionibus reperiuntur scripta.

7. His excursis atque perlectis, canonum est prolata sententia ex concilio Toletano era LXXV ubi ad locum sic dicit: “Quicumque amodo ex nobis vel totius Spaniae populis qualibet coniuratione vel studio sacramentum fidei suae, quod pro patriae gentisque Gothorum statu vel conservatione regiae salutis pollicitus est, temeraverit”, et cetera. Deinde legis est relata sententia in libro II. titulo I. era VI, ubi ad locum sic dicit: “Quicumque ex tempore reverendae memoriae Chintilani principis usque ad annum, Deo favente. regni nostri secundum vel amodo et ultra.” Cuius sacri canonis praeceptione instructi, non ultra nobis est dubitandum, ut illos paveamus iuxta legis huius sententiam et in corpore et in rebus temporali puniri censura, quos iam patres illi perpetuo anathemate tam terribili indicio damnaverunt in anima. Ob hoc secundum latae legis edita hoc omnes communi definivimusa sententia, ut idem perfidus Paulus cum iam dictis sociis suis morte turpissima condemnati interirent, qualiter casum perpetuae perditionis videntur excipere, qui et eversionem meditati sunt patriae et principis interitum conati sunt eximere. Quodsi forsam eis a principe condonata fuerit vita, non aliter quam evulsis luminibus reserventur, ut vivant. Res tamen omnes eiusdem Pauli sociorumque eius in potestate gloriosi nostri domni persistendas esse decernimus, qualiter, quicquid de his agere vel iudicare elegerit serenitatis suae clementia, potestas illi indubitata permaneat, ut seditiosorum nomen funditus a terra dispereat et lugubrem eorum memoriam his titulis denotatam sequutura saecula imitari refugiant.

Explicit feliciter.

APÉNDICE

JOSÉ ORLANDIS

LA REBELIÓN DE PAULO Y LA EXPEDICIÓN DE WAMBA

La elección y la unción de Wamba

La elección real de Wamba puede considerarse como el principio del último capítulo de la historia del Reino visigodo. Casi cuarenta años —desde el 672 al 711— duraría aún este período final, que comprende los reinados de los cinco últimos monarcas toledanos. Pero el proceso histórico de toda la época presenta un denominador común y gira en torno a los grandes temas de una problemática que marcó ya el definitivo rumbo de los acontecimientos históricos, hasta la desaparición de la España visigoda. Una misma dinámica alentaba el proceso desintegrador que puede percibirse, tanto en los órdenes social y económico como en el propio «espíritu público». En el plano político, parecen perdurar a lo largo de todo el período los clanes nobiliarios protagonistas de un prolongado enfrentamiento, que tendría fatales consecuencias a la hora de la invasión islámica. La vida de la Iglesia, en fin, estuvo dominada ahora por la figura de San Julián de Toledo, y Abadal —como dijimos— denominó «serie juliana» la de los últimos concilios toledanos, para distinguirla de la precedente «serie sidoriana». Esta Iglesia de las postrimerías del Reino visigótico presentaba, junto personalidades y valores muy notables, otros aspectos de signo negativo, desconocidos en época anteriores.

Ningún otro momento de la España visigoda cuenta con una fuente histórica de la amplitud y valor comparables a los que tiene para el primer año del reinado de Wamba la *Historia excellentissimi regis Wambae* de Julián de Toledo. Esta obra, que se inicia con el relato de la proclamación de Wamba y trata, como tema principal, la rebelión y derrota del duque Paulo en la Septimania, una pieza excepcional dentro de la historiografía de la época, en abierto contraste con la tradicional sequedad que caracteriza el estilo de casi todos los cronistas e historiadores españoles de los siglos VI y VII.

La elección de Wamba tuvo lugar en Gérticos el mismo día de la muerte de Recesvinto, es decir, el 1 de septiembre del año 672. La *Historia Wambae* nos ha transmitido una colorista descripción de aquel acontecimiento. Al término de los funerales por el monarca difunto, todos los presentes aclamaron por rey a Wamba, un ilustre magnate palatino. Resistíase éste a aceptar la corona, aduciendo como razón su edad ya avanzada, poco propia para afrontar los graves peligros que amenazaban al reino. Prolongábanse las súplicas de los electores y las negativas de Wamba, hasta que un jefe del ejército *ex officio ducum* zanjó rudamente la cuestión, poniendo al elegido en la alternativa de aceptar la corona o morir allí mismo al filo de su espada. De este modo, dice el novelesco pero no inverosímil relato de Julián de Toledo, Wamba fue obligado a aceptar el poder

supremo, en un episodio sucesorio que, pese a su violencia, quizá fuese el más «legalista» de cuantos tuvieron lugar en el período histórico que siguió a la fijación escrita de las normas del sistema electivo, realizada a partir del IV concilio toledano.

Julián de Toledo pone de relieve al principio de su «Historia» de qué modo confluían en Wamba los títulos más preclaros de legitimidad: la Voluntad divina, la unción sacerdotal y el amor del pueblo, expresado en la elección. Ésta, tal como se había producido en Gérticos, era perfectamente legal, después de que la enmienda introducida por el concilio VIII de Toledo estableciese —tal como vimos— que la elección real pudiera celebrarse indistintamente en la capital del reino o en la localidad donde hubiera muerto el monarca anterior. Un escrúpulo, no tanto de orden constitucional como moral y también, quizá, de prudencia política, fue pues el que movió a Wamba a retrasar la unción. Quiso que ésta se celebrara en Toledo, después de que los magnates ausentes en Gérticos expresaran su adhesión a la elección hecha allí y nadie tuviera así pretexto para murmurar que el nuevo rey, llevado de la ambición, había usurpado el trono con fraude, en vez de recibirlo limpiamente, como era su caso, de manos de Dios.

Gérticos distaba de Toledo 120 millas y pasaron varios días hasta que Wamba llegó a la Urbe regia. La unción real, la primera de la que hay noticia cierta y detallada en la historia visigótica, la recibió Wamba el 19 de septiembre de aquel mismo año 672, en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Quirico, metropolitano de la Cartaginense, derramó el óleo consagrado sobre la cabeza del monarca, puesto de hinojos, después de que el nuevo rey hubiera prestado los juramentos de ritual. Ningún indicio de oposición a Wamba por parte de cualquier sector de la nobleza se adivina en el minucioso relato de la proclamación, que ha transmitido Julián de Toledo. Tampoco hay noticia de que Recesvinto hubiese dejado descendencia, y la muerte quince años antes de la joven reina Reciberga, unida al silencio de las fuentes sobre este particular, parece más bien indicio de que no la dejaría, al menos descendencia legítima y en edad de reinar. Otras serían, pues, las razones de la gran rebelión que Wamba hubo de afrontar cuando todavía no se había cumplido el primer año de su reinado.

La revuelta de la Galia Narbonense.

En la primavera del siguiente año 673 salió Wamba de Toledo, para una de las habituales campañas de castigo del ejército visigodo contra los vascones, en la frontera de Cantabria. En el curso de esta expedición llegó a Wamba la noticia de que en la Septimania o Galia Narbonense se había producido un levantamiento en contra de él. Los rebeldes habían conseguido adueñarse de la parte norte de la Narbonense, que quedó así segregada del resto de la provincia. Los principales cabecillas de la rebelión eran el conde de Nimes, Hilderico, el obispo Gumildo de Maguelon y el abad Ramiro, que fue irregularmente promovido a la sede episcopal de Nimes, una vez que el legítimo obispo, Aregio, que rehusó adherirse a la rebelión, fuera depuesto y entregado a los francos.

La rebelión de la Narbonense tuvo en sus comienzos el carácter de un movimiento regionalista, exponente del particularismo de la Galia. Dos de los textos referentes a estos acontecimientos, la *Historia Wambae* y la *Insultatio* contra «la vil provincia de la Galia», escrita también por Julián de Toledo, arrojan mucha luz sobre las peculiaridades de la región y de sus habitantes, facilitando así la mejor comprensión de aquellos hechos. La Narbonense era la única tierra al norte del Pirineo que los visigodos habían conservado, tras la desaparición del Reino tolosano y los reajustes territoriales pactados durante el reinado de Amalarico con los ostrogodos de Italia. Geográficamente, la posición de estos territorios había pasado a ser muy periférica, desde el momento que el centro de gravedad de la Monarquía visigótica basculó hacia el centro de la Península Ibérica y la capitalidad del reino quedó fija en la lejana ciudad de Toledo. En esta

provincia, además, los asentamientos góticos se remontaban ya a dos siglos y medio, y algunas importantes familias de la aristocracia, como la de Sisenando, parecen haber tenido allí su arraigo. Esta larga convivencia de godos y galo-romanos determinó, probablemente, que, a finales del siglo VII, el proceso de integración de los diversos elementos étnicos estuviera allí más avanzado que en cualquier otra región del reino. Por eso, quizá, los textos de San Julián designan a todas las gentes de aquella tierra con el apelativo común de «galos», sin hacer diferencia entre ellas por razón de su origen godo o románico.

El término «galos», que la literatura de tiempo de Wamba aplica a los nativos de la provincia Narbonense, los distingue tanto de los *franci* del vecino Reino merovingio, como de los *hispani* de las otras provincias visigodas, todas ellas peninsulares y por tanto hispánicas. Al ejército de Wamba que sometería a la Galia insurrecta le denomina San Julián *exercitus Spanorum*, y la *Insultatio* es una violenta requisitoria contra los galos y una apología de los hispanos, donde se denuncia un larvado sentimiento particularista antihispánico, que estaría muy arraigado en la Narbonense. Los altos cargos de la administración provincial serían desempeñados a veces por *hispani*, pero en mayor medida aún los ocuparían personajes originarios de la tierra y es sintomático que, apenas vencida la rebelión, Wamba procediese a una renovación de las autoridades locales. La *Historia Wambae* dice que el rey instituyó en las ciudades *clementiores rectores*, con el fin de que reparasen los daños sufridos, pero también, sin duda, para consolidar su autoridad sobre la región. Un indicio más del carácter regionalista que revistió inicialmente la rebelión de la Galia es la fuerte participación del clero que en ella se registró. Ya dijimos que dos dignatarios eclesiásticos, el obispo Gumildo de Maguelon y el abad Ramiro fueron los cabecillas del primer levantamiento, junto con el conde Hiderico de Nimes. Otros rebeldes insignes serían el obispo Wilesindo de Agde, otro obispo, Jacinto, cuya sede no conocemos, y el primicerio de Narbona, Gultriciano. Tan sólo un obispo, Aregio de Nimes, se opuso resueltamente a los insurrectos que —como se dijo— lo expulsaron de su sede, mientras el metropolitano de Narbona, Argebado, adoptó una postura más sacerdotal que política y el obispo Amador de Gerona, una ciudad que estuvo más tarde en manos rebeldes, se mantuvo prudentemente a la espectativa.

Wamba reaccionó rápidamente ante la noticia del levantamiento de la Narbonense, enviando para sofocarlo un ejército, al mando del duque Paulo. No conocemos con certeza la personalidad de Paulo, ni sabemos por tanto si era un *dux exercitus* o bien el *dux provinciae* de la Narbonense, que se encontraba en Hispania al estallar la revuelta; esta última hipótesis parece verosímil, ya que ningún pasaje de la *Historia Wambae* y demás textos anejos a ella atribuye el título o las funciones de duque provincial a cualquier otro de los muchos personajes cuyos nombres se mencionan. En todo caso, parece indudable que Paulo no era un «galo» sino un «hispano», y su intervención iba a dar un nuevo sesgo a los acontecimientos, que acrecentó enormemente su importancia y gravedad.

El duque Paulo, jefe de los rebeldes.

La conducta del duque Paulo fue sospechosa desde el momento mismo de su entrada en la Galia, y una vez en sus manos la capital provincial, Narbona, el duque arrojó la careta y se declaró en abierta rebeldía. La traición de Paulo alteró sustancialmente el cariz que hasta entonces había tenido la revuelta de la Galia. De una parte, el área geográfica de la insurrección se ensanchó sobremanera: los cabecillas que la habían iniciado unieron sus fuerzas a las del duque, y la totalidad de la provincia Narbonense quedó bajo su dominio. Pero hubo todavía más: el duque de la Tarraconense, Ranosindo, se declaró también en favor del rebelde, poniendo en sus manos el nordeste de la provincia, incluidas las ciudades de Barcelona y Gerona. La dimensión política de la revuelta cobró también mayores vuelos bajo la capitanía de Paulo.

La insurrección dejó de ser, a partir de entonces, una empresa exclusiva de los «galos» de la Narbonense, de rango particularista y provincial. Una importante facción de *hispani* se había adherido ahora al movimiento, y asumió incluso la dirección política del mismo. Ante una asamblea del *exercitus* rebelde, Paulo declaró que no reconocía ya a Wamba por rey y exhortó a sus colegas a elegir un nuevo soberano. Entonces, uno de los jefes rebeldes, Ranosindo —no el duque de la Tarraconense, sino otro magnate del mismo nombre, hermano del obispo de Agde—, según un plan evidentemente preconcebido, propuso a la asamblea el nombre de Paulo, que fue aclamado por todos los presentes, De este modo, Paulo asumió «tiránicamente» el poder, pero respetando las formalidades que podían darle una apariencia de legitimidad. Tras la elección se hizo ungir rey —escribirá a Wamba en calidad de *unctus rex*—, y fue coronado con una corona de oro que Recaredo había ofrendado a una iglesia de Gerona, donde reposaban los restos de San Félix. Paulo se preocupó también de constituir rápidamente un tesoro, indispensable base económica de su poder, y para ello despojó a la iglesia de sus vasos sagrados y objetos preciosos. Finalmente, buscó apoyo exterior entre los tradicionales enemigos de los visigodos, y una multitud de vascones, francos y hasta sajones acudieron a engrosar las filas de sus mesnadas.

¿Aspiraba el duque Paulo a la corona toledana o pretendía tan sólo labrarse un nuevo reino, mediante la secesión de los territorios visigodos del nordeste? La epístola de Paulo a Wamba, en la que se titula *rex Orientalis* y llama a Wamba *rex Austri*, rey del mediodía, parece favorecer la segunda hipótesis. Pero la carta dirigida al obispo Amador de Gerona, anunciándole la próxima llegada a la ciudad al frente de su ejército, y la intención que le atribuye también la *Historia Wambae* de invadir Hispania por la fuerza denotan más altas ambiciones, alentadas quizá por la memoria del precedente de Sisenando, a quien el éxito en la Narbonense sirvió de plataforma para la consecución del trono toledano. Es probable que, en último término, el duque Paulo supeditara el nivel de sus aspiraciones a las facilidades, mayores o menores, que le fuera deparando el futuro curso de los acontecimientos.

La respuesta de Wamba no se hizo esperar y eliminó cualquier duda acerca de sus intenciones. Desoyendo voces timoratas que aconsejaban el regreso del ejército a sus bases desde las tierras de Cantabria donde se hallaba, para allegar refuerzos y abastecerse con vistas a la campaña contra la Galia, el viejo rey resolvió actuar inmediatamente y con toda decisión. Una «ofensiva relámpago» de extraordinaria violencia derrotó en siete días a los vascones, que se vieron forzados a pedir una paz, que Wamba les concedió a cambio del pago de tributos y la entrega de rehenes. Seguidamente, el ejército tomó el camino de la Narbonense, siguiendo la calzada romana que atravesaba, entre otras, las ciudades de Calahorra y Huesca.

A partir de este punto, el relato de Julián de Toledo, pese a su barroquismo literario, constituye un documento de extraordinario interés para la historia del arte militar en los albores de la Edad Media. Sin seguir paso a paso la prolija relación de los hechos, nos limitaremos a recordar las grandes líneas del desarrollo de la campaña. Wamba formó tres cuerpos de ejército para forzar los pasos del Pirineo catalán, que abrían el acceso a la Galia: un primer cuerpo se dirigió por cerca del actual Puigcerdá a Llivia, cabeza de la Cerdeña; otro cuerpo, partiendo de Vich, alcanzaría la *via Domitia*, para cruzar el Pirineo por el Perthus, mientras que el tercero avanzó por la *via Augusta*, la más próxima a la costa. Wamba, con el grueso de las tropas, marchaba tras los cuerpos de vanguardia.

La campaña de la Galia.

Previamente, el ejército real dominó con rapidez la parte de la Tarraconense, que se había unido al duque Paulo, y tanto Barcelona como Gerona abrieron sus puertas a Wamba. La resistencia rebelde se concentró en la línea de *castra*, que defendían los pasos pirenaicos entre Cataluña y la

Galia. El primer cuerpo se apoderó de *Castrum Libiae*, que junto con el fuerte de Sordonia protegía el acceso pirenaico más occidental. *Caucoliberi* —Colliure— y *Vulturaria*, los dos castillos próximos a la vía de la costa, fueron también conquistados. La mayor resistencia parece haberla encontrado el ejército visigodo en los desfiladeros del sector central —el paso del Perthus—, donde se alzaba el principal sistema fortificado, el *castrum* de *Clausuras*. Aquí se habían hecho fuertes los principales caudillos rebeldes de la Tarraconense, que no habían osado presentar combate a Wamba en campo abierto, ni defender las ciudades de Barcelona o Gerona y pretendían, al menos, cerrarle el paso hacia la Galia Narbonense. Dos duques del ejército de Wamba asaltaron la fortaleza de *Clausuras* y capturaron al duque de la Tarraconense, Ranosindo, y a su compañero de rebelión, el «gardingo» Hildigiso.

La campaña contra los rebeldes de la Galia sorprende por el ritmo vertiginoso que Wamba imprimió a las operaciones, en las que se acredito como consumado estratega. Rota la línea defensiva del Pirineo, el ejército se concentró de nuevo en el llano y, tras dos días tan sólo de descanso, la ofensiva se reanudó con todo vigor. Un cuerpo escogido, mandado por cuatro duques, fue enviado contra Narbona, la capital provincial, en una acción combinada con otro ataque simultáneo desde el mar. Paulo había dejado en Narbona una fuerte guarnición al mando de uno de sus principales partidarios, Witimiro; pero la resistencia fue vencida después de una breve aunque encarnizada lucha, y en una sola jornada la ciudad y sus defensores cayeron en poder de los asaltantes.

Conquistada Narbona, el ejército visigodo avanzó rápidamente hacia el norte. Beziers y Agde se rindieron y Maguelon fue atacada, como Narbona, tanto por tierra como por mar, lo que constituye una prueba más de la eficacia de marina visigótica. El obispo Gumildo, uno de los fautores de la revuelta, huyó despavorido de la ciudad, que fue tomada por las tropas de Wamba. La resistencia seria —y la última— iban a ofrecerla los rebeldes tras las murallas de Nimes, donde se había refugiado el duque Paulo con la mayor parte de sus secuaces, resueltos a decidir en una acción la suerte definitiva de su causa.

Una vanguardia de tropas escogidas, al mando de cuatro duques —el mismo cuerpo, probablemente, que tomó Narbona— fue enviada por Wamba contra Nimes, mientras el grueso del ejército, con el rey, les seguía a unas 30 millas de distancia. En Nimes se había encerrado el duque Paulo con el ejército de la Galia y un abigarrado contingente de auxiliares francos y de otras naciones. Los defensores confiaban en que nuevas bandas extranjeras llegarían pronto en su ayuda, desde las vecinas tierras merovingias. El ataque visigodo a Nimes se inició al amanecer del 31 de agosto de aquel año 673. La lucha se prolongó durante todo el día y los asaltantes chocaron con una fuerte resistencia. Su posición al final de la primera jornada parecía comprometida y tuvieron que pedir a Wamba el envío urgente de refuerzos. Un cuerpo de tropas de refresco de 10.000 hombres, mandado por el duque Wandemiro, llegó después de una marcha nocturna y con su ayuda el ataque cobró renovado vigor. Los combates del 1 de septiembre hicieron que la suerte de la lucha se inclinara en favor de los sitiadores y que el desánimo empezase a cundir en las filas rebeldes. Retrocedieron éstos para atrincherarse en las célebres Arenas romanas de Nimes, que estaban rodeadas por un robusto muro. Entre los defensores surgieron discrepancias y recelos, y otra vez salieron a relucir viejas suspicacias: los galos empezaron a expresar su desconfianza hacia el duque Paulo y sus compañeros de rebelión hispanos, temieron que llegasen a un acuerdo con Wamba y fueran los indígenas de la Galia quienes pagasen las consecuencias de la rebelión. Paulo perdía rápidamente autoridad y sus gentes luchaban entre sí por las calles de Nimes. El 1 de septiembre, primer aniversario de la proclamación de Wamba como rey, la suerte de la Galia se decidía en favor suyo.

Derrota y juicio de los rebeldes.

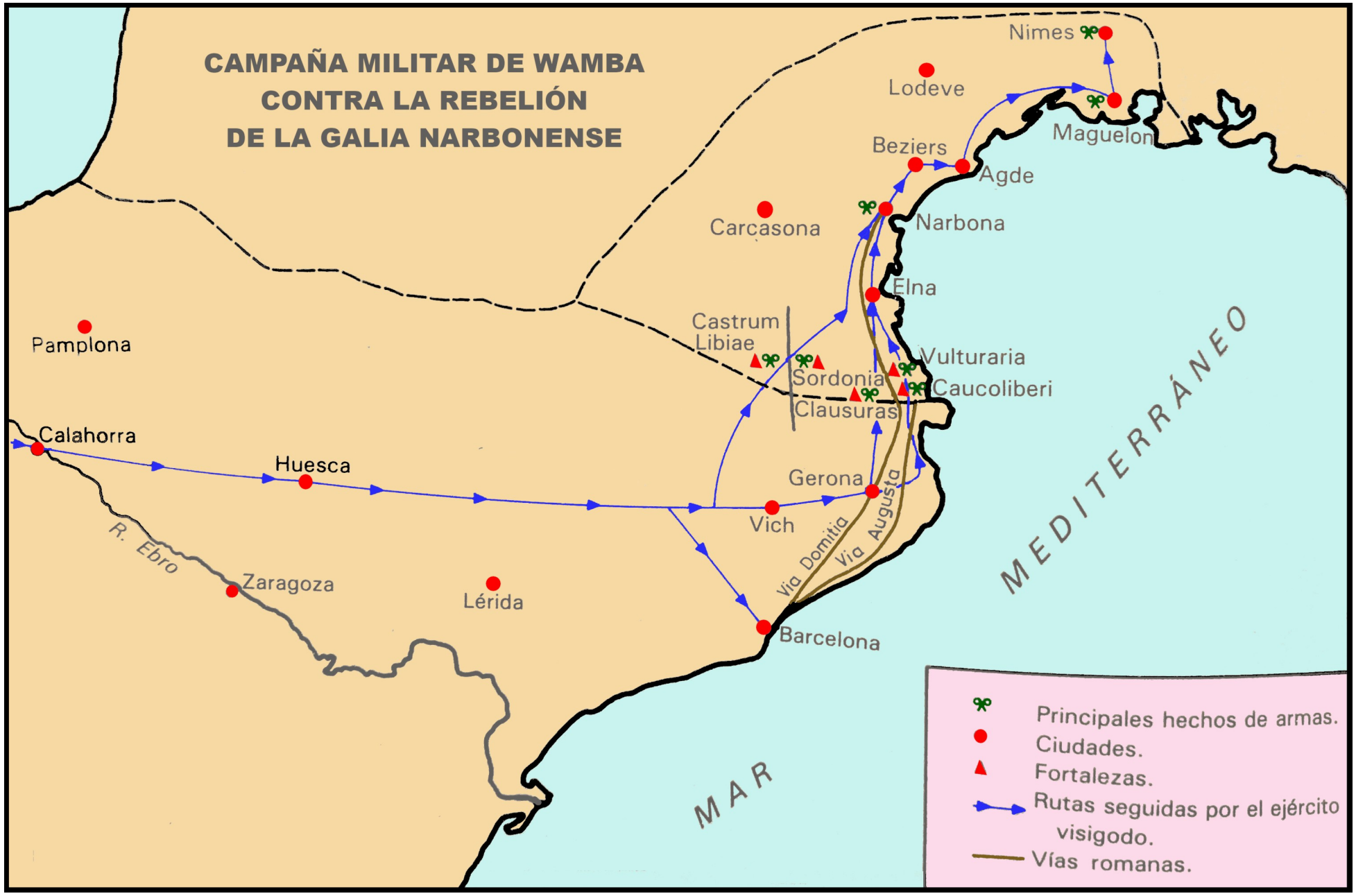
En la mañana del 2 de septiembre, el duque Paulo y los demás jefes rebeldes, perdida ya toda esperanza, acordaron la rendición. El metropolitano de Narbona, Argebado, actuó de mediador y obtuvo de Wamba la promesa de que respetaría la vida de los sediciosos; pero el monarca rechazó enérgicamente las insistentes súplicas del prelado, para que les otorgase una completa amnistía. Wamba entró victorioso en Nimes y Paulo le fue arrojado a sus pies por dos duques a caballo, que llevaban al rebelde asido de la cabellera, mientras todos sus cómplices y una multitud de combatientes caían prisioneros de los visigodos. Muchos de esos prisioneros eran guerreros mercenarios, procedentes de otras tierras. Por un momento se temió entonces una invasión franca y Wamba adoptó precauciones defensivas. Pero el único ataque que se produjo fue una incursión en la región de Beziers de un duque franco —*Lupus*—, que se retiró apresuradamente al aparecer las tropas visigodas. Wamba dispuso a las pocas semanas que se pusiera en libertad a los prisioneros francos y sajones, y mandó también que se tratase dignamente a algunos francos de noble estirpe, que permanecían como rehenes en manos visigodas.

Entretanto, a los tres días de la rendición de Nimes, se celebró con la máxima publicidad el juicio de Paulo y de los jefes rebeldes. Un documento especial, titulado *Judicium in tyrannorum perfidia promulgatum*, contiene una pormenorizada referencia de este juicio y nos ha transmitido los nombres de los personajes de relieve —primates o *maiores nati*, sin duda— que participaron en la rebelión y las localidades donde se sublevaron o cayeron prisioneros. Hasta 53 jefes rebeldes, 28 de los cuales se habían entregado en Nimes, figuran como reos. El resto había sido capturado en momentos anteriores de la campaña, los primeros en Barcelona y el segundo grupo en importancia numérica, en los castillos y fortalezas de los pasos pirenaicos. Las cuatro quintas partes de los cabecillas rebeldes llevan nombres inequívocamente germánicos y seis de ellos eran eclesiásticos.

El juicio de Paulo y de los jefes rebeldes tuvo lugar en una magna asamblea judicial presidida por Wamba, con participación de todos los *seniores palatii*, «gardingos» y demás miembros del «Oficio Palatino», y en presencia de la muchedumbre de guerreros del victorioso ejército visigodo. Paulo y sus cómplices fueron acusados de violar el juramento de fidelidad prestado a Wamba a raíz de su elección y de haber arrastrado con su perjurio a una gran parte del pueblo a alzarse contra su legítimo príncipe. Todos los reos reconocieron su culpabilidad y la sentencia se dictó tomando como base dos textos jurídicos, el uno canónico y el otro civil: el canon 75 del concilio IV de Toledo y la ley LV, II, 1, 8, de Khindasvinto, donde se establecían las sanciones espirituales y temporales contra los rebeldes y traidores al rey y a la patria. La excomunión y la muerte eran las penas que correspondían y que fueron impuestas a los culpables. Pero se dejó al monarca la posibilidad de conmutar la muerte por ceguera u otras penas. Wamba, fiel a la promesa hecha en el momento de la rendición al metropolitano Argebado, respetó la vida de Paulo y de todos los demás condenados.

Julián de Toledo dice que Wamba, antes de salir de la Galia, mandó restituir a las iglesias los objetos sagrados expoliados por Paulo y se preocupó de la reparación de los daños sufridos por la provincia. Dos providencias especiales habría tomado con el fin de extirpar las raíces de la rebeldía: renovar los cargos de la Administración, instituyendo —como dijimos— nuevos rectores en las ciudades y expulsar a los judíos. La minoría judía era particularmente importante la Narbonense y, por noticias posteriores, sabemos que lo continuó siendo las décadas siguientes.

Wamba regresó a Toledo cuando se cumplían seis meses de su salida para la campaña contra los vascones, que tuvo su inesperada secuencia en la guerra de la Galia. La *Historia Wambae* se cierra con el relato de la oprobiosa entrada en la capital de Paulo y sus cómplices. Iban a lomos de camellos, cubiertos harapos, con las cabezas decalvadas, rapadas las barbas y los pies desnudos, Paulo marchaba al frente del infamante cortejo, con una raspa de pescado modo de diadema, en burlesca memoria de la corona que había pretendido. Así terminó uno de los capítulos de la historia visigoda sobre el que estamos mejor informados, y que no dejaría de tener consecuencias duraderas y profundas de cara al futuro.


CAMPAÑA MILITAR DE WAMBA
CONTRA LA REBELIÓN
DE LA GALIA NARBONENSE
Nimes
Lodeve
Maguelon
Beziers
Agde
Carcasona
Narbona
Elna
Castrum
Libiae
Pamplona
Vulturaria
Sordonia
Caucoliberi
Clausuras
Calahorra
Huesca
Gerona
Vich
Via Domitia
Via Augusta
R. Ebro
Zaragoza
Lérida
Barcelona
MEDITERRÁNEO
MAR
Principales hechos de armas.
Ciudades.
Fortalezas.
Rutas seguidas por el ejército visigodo.
Vías romanas.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

582 Publio Virgilio Marón, *Eneida*
581 Alphonse Daudet, *Tartarín en los Alpes. Nuevas hazañas del héroe de Tarascón*
580 George Orwell, *La Bomba Atómica y tú. Artículos para después de una guerra*
579 Gilbert Keith Chesterton, *El hombre que fue Jueves. Una pesadilla*
578 Rajani Palme Dutt, *Los cambios de rumbo del comunismo británico en los años treinta*
577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
562 Francisco Javier Simonet, *La mujer arábigo-hispana y otros estudios andalusíes*
561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolicionista de 1860*
549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
544 *La epopeya de Gilgamesh*
543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*

540 Havelock Ellis, *El alma de España*
539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*

490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*

440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*

390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*

340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*

290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)

240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*

190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*

140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*

90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*

40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)